

Balmes, educador

Conrad Vilanou Torrano

No cabe la menor duda de que la figura de Jaime Balmes (1810-1848) constituye uno de los nombres más importantes del pensamiento español contemporáneo. Su amplia obra —de auténtico polígrafo— ofrece diferentes lecturas: sacerdotal, filosófica, política, sociológica, teológica, apologética y, también, pedagógica. Por ello, entre el gran número de calificativos que Jaime Balmes ha merecido se puede incluir la condición de educador, tal como el P. Ignacio Casanovas manifestó de manera inequívoca: “Balmes era un educador de primer orden”¹. Y aunque Juan de Dios Mendoza —de acuerdo con esta afirmación— reservó un apartado de su bibliografía a las contribuciones balmesianas al campo de la educación, lo cierto es que no abundan los estudios que han abordado su dimensión pedagógica.²

Artículo recibido el 28 de marzo de 2011 y aceptado para su publicación el 30 de julio de 2011.

¹ J. BALMES, *Obras Completas*, BAC, Madrid, I, 139. [Todas las citas de Balmes reproducidas en este trabajo corresponden a la edición de las *Obras Completas*, publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos entre los años 1948 y 1950, a partir de la versión que había ordenado y anotado el año 1925 el padre Ignacio Casanovas para la Editorial Balmes].

² J. DE D. MENDOZA, *Bibliografía Balmesiana. Ediciones y estudios*, Editorial Balmes, Barcelona, 1961 (Biblioteca Histórica de la Biblioteca Balmes, serie II, vol. XXIV) [Separata de la revista *Analecta Sacra Tarraconensia*, vol. XXXIII. Se puede añadir que el apartado D de esta bibliografía está dedicado a la pedagogía, 209-211]. De entre los trabajos citados, y a los que añadimos otros, detallamos los siguientes: ROMUALDO DE TOLEDO, *Balmes educador: El Criterio y la pedagogía española*. Conferencia leída durante el solemne acto celebrado en el Teatro Vigatá el día 9 de julio de 1943. Ayuntamiento de Vich, 1943 [Esta conferencia también se incluyó en la recopilación *Memoria de los actos celebrados en la ciudad de Vich en conmemoración del centenario de El Criterio de Balmes (1843-1943)*, Balmesiana, Barcelona, 1943, 93-108]; C. VILLEGAS, “La pedagogía social y Balmes”, en *Revista Internacional de Sociología* 22-23 (1948) 343-374; J. ROIG GIRONELLA, “Interés y actualidad de las ideas pedagógicas de Jaime Balmes”, en

Lamentablemente, Balmes ha sido a menudo una personalidad controvertida hasta el punto que tuvo que salir en su propia defensa, redactando una *Vindicación personal* a fin de dejar claro que sólo actuó movido por su conciencia y su pluma, al margen de cualquier interés personal o político. Con el paso del tiempo, la polémica ha acompañado al nombre de Balmes hasta el extremo de que el padre Miguel Batllori —en la conferencia balmesiana correspondiente al año 1981— llegó a proponer que su contribución histórica había sido más disputada que discutida.³ En cualquier caso, los que tuvimos el privilegio de ser discípulos del profesor Alejandro Sanvisens Marfull —catedrático de Pedagogía General de la Universidad Barcelona— siempre oímos hablar de Balmes con estima y reconocimiento, en medio de un ambiente de indiferencia generalizada hacia su pensamiento.⁴ El profesor Sanvisens —discípulo de los hermanos Tomás y Joaquín Carreras Artau— creía en la pervivencia en Cataluña de una manera de pensar y de hacer que se puede identificar con la filosofía del sentido común vinculada a la filosofía escocesa (Hamilton, Reid, Stewart). De hecho, esta tradición filosófica —representada por nombres como Ramón Martí de Eixalà (1808-1857) y Francisco Llorens Barba (1820-1872)— se singulariza por defender una teoría de la conciencia que, partiendo de una posición realista, garantiza el conocimiento de las cosas y obliga a actuar moralmente.

Gracias al análisis del P. Casanovas sabemos que Balmes fue un autodidacta que, entre sus métodos de autoformación, cultivó la lectura de libros en la tranquilidad de las bibliotecas y la meditación en los gabinetes de trabajo. Él mismo dio cuenta de su particular estilo de vida, dedicado al estudio. “Nadie me vio en otro lugar que en mi casa, en la

Revista Calasancia 4 (1956) 397-418, artículo que —convenientemente adaptado— se incluyó a modo de capítulo bajo el título de “Sentido profundo del humanismo balmesiano” en su libro *Balmes filósofo*, Editorial Balmes, Barcelona, 1969, 72-109; C. GORROCHATEGUI, “El pensamiento pedagógico de Balmes” en *Espíritu* XVII (1968) 163-182.

³ M. BATLLORI, “Balmes, sempre més disputat que discutit”, en *Del Vuit-cents al nou-cents: Balmes, Ehrle, Costa i Llovera, Casanovas*, en *Obra Completa*, XVI, Biblioteca d’Estudis i Investigacions-Tres i Quatre, Valencia, 2002, 85-108.

⁴ A. SANVISENS MARFULL, “Fuentes bibliográficas de la doctrina filosófica, apologética y social de Balmes”, en *Catálogo de la exposición bibliográfica balmesiana organizada con motivo del I Centenario de la muerte de Jaime Balmes (1810-1948)*, Biblioteca Central, Diputación Provincial, Barcelona, 1948, 99-127.

iglesia, en el colegio, en algunas casas de los regulares, con quienes tenía frecuentes relaciones, y en la biblioteca episcopal, donde me hallaba mientras estaba abierta”. A renglón seguido añade: “Las temporadas de vacaciones las pasaba en Vich, donde estaba en la biblioteca desde que se abría hasta que se cerraba, como es público en esta ciudad”⁵.

Es más que posible —así se desprende del cuidado trabajo del profesor Ignacio Roviró— que Balmes optara por esta solución autoformativa ante el ambiente intelectual y docente que imperaba en el Seminario de Vic, durante los años que pasó allí, entre 1817 y 1825, época política ciertamente convulsa que debió ensombrecer la vida de aquel centro de estudios para la formación de clérigos e, incluso, laicos.⁶ Sea como fuere, verdad es que Balmes elaboró un método propio de estudio —leer poco, elegir buenos libros y meditar mucho— que más tarde recomendó a los jóvenes, rechazando el uso de las enciclopedias a beneficio de las obras elementales que sirven de preparación para el acceso a las magistrales.⁷ Desde el primer momento, los analistas de Balmes se percataron de la novedad de su método de trabajo que se basaba en el cultivo de la memoria: “Prescindiendo del entendimiento clarísimo y de la portentosa memoria de que Dios le había dotado, gracias que reparte desigualmente entre los hombres, Balmes debió gran parte de sus triunfos científicos al método que invariablemente seguía en sus estudios, para cuya práctica consignó más adelante las reglas oportunas en un precioso libro *El Criterio*, lógica práctica que debían aprender todos los que a las ciencias se dedican”⁸.

⁵ J. BALMES, *Vindicación personal*. En *Obras Completas*, VII, 772-787.

⁶ I. ROVIRÓ, *Balmes i el Seminari de Vic*, Institut Superior de Ciències Religioses de Vic, Vic, 2010 [Lección inaugural del curso 2010-2011].

⁷ Después de señalar que conviene realizar buenas lecturas, que no extravíen el entendimiento ni corrompan la moral, Balmes escribe en su *Filosofía elemental* lo siguiente: “Ningún arte ni ciencia debe estudiarse por diccionarios ni enciclopedias; es preciso sujetarse primero al estudio de una obra elemental para dedicarse en seguida con fruto a la lectura de las magistrales. Los diccionarios y enciclopedias sirven para consultar en casos dados y refrescar especies, mas no para aprender las cosas a fondo” (J. BALMES, *Filosofía elemental*. En *Obras Completas*, III, 100)

⁸ “Balmes”, *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, Valencia, Imprenta de Domenech, 1885, vol. II, 45. En este artículo se recoge el testimonio de diversas personas que trataron a Jaime Balmes, dibujándose un perfil nítido de su modo de vida: ejercitación constante de la memoria (Matías Codony, condiscípulo suyo, recuerda que sabía de memoria el índice de la *Summa*; José María Quadrado, destaca que llevaba una vida ascética y

A nuestro entender, este método mantiene su vigencia ya que en contra de algunas modas derivadas de la pedagogía de la intuición y de la espontaneidad que han hecho fortuna en muchos medios educativos Balmes no orilla —por ejemplo— el uso de la memoria. Sus consejos sobre la manera de leer no tienen desperdicio: los textos escogidos deben seleccionarse cuidadosamente, procediendo a una lectura atenta y reflexiva, proponiendo un método propio de anotación. “Suele decirse que es más útil leer con la pluma en la mano, apuntando lo más importante que ocurre; esta regla es, en efecto, muy provechosa: mas para guardarse de algunos inconvenientes será bueno recordar lo siguiente: 1º, se corre peligro de escribir muchas cosas inútiles y de gastar, haciendo extractos, un tiempo que se emplearía mejor en la repetición de la lectura; 2º) encomendándolo todo al papel se cultiva menos la memoria: el mejor libro de apuntes es la cabeza; ésta no se traspapela ni embaraza; 3º, cuando se trata de nombres propios y de fechas conviene no fiarse de la memoria”⁹.

Junto al hábito de la lectura —aconsejando atender más al fondo de las cosas que no a su amplitud, según la expresión “non multa, sed multum”— y del estudio riguroso a través de la memoria recomendó el ejercicio de la meditación, dedicando cinco años a la *Summa Theologica*.¹⁰ Sin embargo no acaba aquí la cosa, porque la lectura y la meditación —aun siendo importantes— no agotan las posibilidades de la formación. Esto quiere decir que los viajes y el trato con la gente también contribuyeron a su formación que, además de atender los aspectos intelectuales y morales, no descuidó los asuntos prácticos y útiles. Bien mirado, Balmes nos propone en *El Criterio* una guía para aprender el oficio de vivir, del vivir recto que corresponde al hombre completo e integral, esto es, al ser humano arquetípico que sirve de ejemplo y modelo.¹¹ Tanto es así que en el ambiente romántico de la Cataluña de la

metódica y que sus distracciones se reducían al trato íntimo de cinco o seis amigos). Por el contrario, también se recoge algún juicio crítico sobre su terquedad y avaricia.

⁹ J. BALMES, *Filosofía elemental*. En *Obras Completas*, III, 100-101.

¹⁰ “La meditación es un trabajo intelectual con que procuramos conocer a fondo alguna cosa. La meditación será estéril cuando no haya ideas sobre que fijarla; así, para meditar con fruto conviene haber hecho acopio de materiales por medio de la lectura, de la conversación u observación” (J. BALMES, *Filosofía elemental*. En *Obras Completas*, III, 102).

¹¹ El P. Casanovas —en su discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Barcelona (1921)— dejó bien a las claras que *El Criterio* es un libro integral, que tiene

primera mitad del siglo XIX, la codificación balmesiana del “seny” se convirtió en una especie de pedagogía del sentido común que sintonizaba —o como mínimo ofrecía un cierto aire de familia— con la filosofía escocesa, si bien hoy sabemos que no se pueden identificar sin más.¹²

En realidad, el sentido común balmesiano no se limita a su función de instinto intelectual —“inclinación natural a dar asenso a ciertas proposiciones que no nos constan por evidencia ni se apoyan en el testimonio de la conciencia”, según se lee en la *Filosofía elemental*—¹³ ya que el “seny” se predica de aquellas personas dotadas de un alto grado de perfección que actúan guiadas por un sentido de prudencia casi innato. Muchas de las generaciones que vivieron en el tránsito del siglo XIX al XX vieron en el sentido común el resultado de la fusión del instinto intelectual y de la actuación prudente, es decir, de la suma del pensar bien y del actuar con medida y cautela. Se trataba, además, de una aspiración que se puede vincular a valores como la laboriosidad y la austeridad inherentes al pairalismo de la época. Y todo ello, sin perder de vista el horizonte de las necesidades productivas y mercantiles, a la vez que se destacaba la doble dimensión moral y religiosa del acto educativo.

Acertadamente los biógrafos de Balmes han destacado que este afán de abarcar todas las dimensiones del ser humano constituye una de las características esenciales de su pedagogía que así conglutina un conjunto abiga-

por argumento e ideal la formación del hombre total y perfecto. A pesar de ello, indica a continuación que su mejor libro fue él mismo, esto es, su propia vida que adquiere así tintes verdaderamente ejemplares. Su arquitectura, además, es sólida, equilibrada y elegante. “Hi ha cert equilibri que ve de la mediocritat; Balmes té l'equilibri de la plenitud” (I. CASANOVAS, *Actualitat de Balmes*, 36).

¹² Sin embargo, constituye un simplismo identificar el sentido común de la filosofía de Jaime Balmes con el “seny” catalán, ya que la posición balmesiana no se ha de entender ni en la aceptación vulgar de sentido común, ni como un instinto básico. Según Misericordia Anglés, la filosofía de Balmes no está vinculada directamente a la escuela escocesa. Tampoco se puede decir que Balmes, Martí d'Eixalà y Llorens Barba formen una misma escuela filosófica. La filosofía balmesiana al defender el papel de la conciencia y del sentido común en orden al conocimiento humano depende de una serie de eclesiásticos eclécticos del sentido común entre los que destaca el jesuita Claude Buffier. Sin negar lo que de “seny” hay en Balmes, la profesora Anglés remarca que la filosofía balmesiana no se puede explicar simplemente a partir del “seny”, sino que se debe acudir a la historia de la filosofía universal para poderla encuadrar adecuadamente (M. ANGLÉS CERVELLÓ, *Els criteris de veritat en Jaume Balmes*.

¹³ J. BALMES, *Filosofía elemental*. En *Obras Completas*, III, 80.

rado de aspectos mundanos y trascendentes, naturales y sobrenaturales, en un todo armonioso que al abrigo de la filosofía perenne se perfila de una manera integral y global. Por ello, la fórmula pedagógica de Balmes se decanta a favor de una lógica identificada con el recto pensar que conduce a la verdad y por una voluntad sometida a la moral, sin perder de vista las aptitudes profesionales en función del talento de cada uno, en un todo —entendimiento y voluntad— que domina las pasiones y que depende, en última instancia, de la religión, es decir, de Dios.¹⁴

Sin temor a caer en la exageración, podemos aventurar que la huella balmesiana se puede rastrear a través de la serie de aniversarios, que han contribuido a pesar de las intermitencias a mantener vivo su pensamiento. De cualquier modo, su figura —que responde a los tónicos románticos del siglo XIX— entró en el siglo XX gracias, también, a la existencia de un regeneracionismo católico que bebe en las fuentes balmesianas y que encuentra —en el P. Casanovas— a su auténtico valedor. Pero la presencia de Balmes no sólo se hizo patente en Cataluña, sino que en otros lugares de la geografía española también cuajó su pensamiento gracias a la defensa que Marcelino Menéndez Pelayo hizo de sus ideas. Tampoco hay que perder de vista que para el gran polígrafo santanderino, Jaime Balmes procedió a revitalizar la filosofía española, poniendo en marcha “la restauración de la escolástica, llevada luego a dichoso término por otros pensadores”¹⁵. Sin brillantez de estilo, Balmes que estaba familiarizado con la filosofía tomista —recuerda Menéndez Pelayo— optó por un eclecticismo que subordinó a la verdad católica.

Sentado esto, es indudable que Balmes adquirió la condición de modelo para una sociedad cada vez más secularizada y proclive a las algaradas anticlericales. De la misma manera que Balmes se vio inmerso en las revueltas populares de 1835, después de la Semana Trágica (1909) se imponía rescatar del olvido la actitud balmesiana a fin de poder luchar con-

¹⁴ Esta tendencia al equilibrio de la pedagogía balmesiana, fue exaltada por el P. Casanovas en más de una ocasión. Seguidamente, y en este sentido, reproducimos algunas de sus palabras: “A dojo trobareu pedagochs que vos ompliran les orelles de noms estrangers i de teories enravassades i estrafalaries, y podem ignorar perfectament la natural i bella pedagogia que Balmes ensenya en *El Criteri*, llibre qu'encara dubto tinga superior en tota la farragosa pedagogia de moda, com obra de fonda y sòlida formació integral del home” (I. CASANOVAS, *Actualitat de Balmes*, 37).

¹⁵ M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los Heterodoxos españoles*. Tomo II, 1.107.

tra el decaimiento generalizado que dominaba en la sociedad catalana. Además, el P. Casanovas tenía el convencimiento de que Balmes había sido el mejor hombre de su tiempo, la mejor cabeza de la *Renaixença* que surgió de la última generación de Cervera. “Balmes fou de tots ells el més profund i el més extens, el més antic i el més modern, el més diví i el més humà”¹⁶.

Quien no sepa ver esto, será incapaz de entender los motivos que hicieron que la Cataluña de comienzos del siglo XX mirase hacia la época medieval, encontrando figuras como el Abad Oliba —obispo de Vic y abad de los monasterios de Ripoll y de Cuixá— que pronto se convirtió en uno de sus referentes históricos más significados. A su vez, el arte románico aparecía como unas de las manifestaciones máspreciadas de la historia de Cataluña. En este contexto, también se acudió a Jaime Balmes, precursor de la restauración neoescolástica que León XIII anunció en la *Aeterni Patris* (1879). De este modo, las nuevas generaciones podían encontrar en la obra de Balmes respuestas a las demandas de una sociedad convulsa que mantenía sus convicciones religiosas, tal como se desprende del inicio de la construcción del templo expiatorio de la Sagrada Familia que, a través del estilo neogótico, también miraba hacia la Edad Media.

Si se nos permite aquí una hipótesis, diremos que Balmes inspiró aquel regeneracionismo católico en la Cataluña del primer tercio del siglo XX, un movimiento que podemos emparentar —como mínimo cronológicamente— con el *Noucentisme* ya que ambos, además de coincidir en el tiempo, alentaban un proyecto pedagógico que deseaba rectificar el rumbo de la historia. Mientras la filosofía de Eugenio d’Ors —prócer de aquel movimiento— recurrió al ideal helénico, representado por Teresa *La Ben Plantada* (cuyas glosas se publicaron en el verano de 1911), encontramos otros ejemplos —y aquí destaca el edificio de Balmesiana, levantado a comienzos del siglo XX, en dos fases entre 1919 y 1940, siendo la segunda dirigida por Joan Rubió i Bellver— que miran hacia la Edad Media, esto es, hacia el mundo cristiano. Si el culturalismo pedagógico de Xenius se basa en el discurso del clasicismo pagano de ascendencia mediterránea que contrapone al modernismo finisecular de ascendencia romántica, el P. Casanovas asumió el legado de Jaime Balmes, transmitido por el obispo Torras y Bages, movimiento que cristalizó en el Congreso Internacional

¹⁶ I. CASANOVAS, *Actualitat de Balmes*, 23.

de Apologética reunido en Vic el año 1910. Al año siguiente, y con traducción del canónigo Jaume Collell, aparecía la versión catalana de *El Criteri*. No se puede dudar, pues, que junto a la batalla por la cultura (*Heliomaquia*) promovida por Eugenio d'Ors como director de los postulados novecentistas, se constata la presencia de un renacimiento (*Risorgimento*) católico que encuentra en Jaime Balmes una auténtica piedra de toque.

Esto nos lleva a indicar que en la mente del padre Ignacio Casanovas —verdadero restaurador de la figura de Balmes, al dedicar toda su vida a la edición de sus *Obras Completas* y a la elaboración de una biografía considerada como canónica— resonaban aquellas palabras de Torras y Bages, según las cuales Cataluña será cristiana o no será. Después de la creación del Foment de Pietat Catalana, puesto en marcha en 1913, bajo la dirección de mosén Eudaldo Serra i Buxó, surgía en 1923 la Biblioteca Balmes tutelada por el P. Casanovas. En conjunto, todas estas iniciativas apuntaban en una misma dirección: la creación, a la sombra del magisterio balmesiano, de un Instituto de Cultura Religiosa Superior.¹⁷ Poco después, el año 1925 la Biblioteca Balmes sacaba a la luz la primera edición crítica de sus *Obras Completas*, según la ordenación y la anotación del P. Ignacio Casanovas.

Por esta vía, Balmes —uno de los antecedentes del pensamiento neoescolástico (Mercier, Zaragüeta, etc.)— se convirtió en el educador de un pueblo, no sólo del catalán, sino del español e, incluso, hispanoamericano. Llegados a este punto, no podemos soslayar los años de formación que Marcelino Menéndez Pelayo pasó en Barcelona, donde se formó al socaire del magisterio de Llorens Barba. Ya en sus años de niñez, Menéndez Pelayo se interesó por Jaime Balmes y así a la edad de 11 años compró con sus ahorros un ejemplar de *El Criterio* al precio de 10 reales, siendo el primer libro que adquirió con su propio dinero.¹⁸

¹⁷ “La Biblioteca Balmes tendeix a convertir-se en un Institut de cultura religiosa superior; per això anirà preparant professors i alumnes; s’aprofitarà dels homes ja formats, que hi trobaran ajuda eficaçíssima per a llurs estudis, i —com tota l’obra del Foment de Pietat Catalana— viurà de l’esperit de pobresa evangèlica, fundada en la paraula de Jesucrist: *gratis accepistis, gratis date*” (M. BATLLORI, *Del Vuit-cents al nou-cents: Balmes, Ehrle, Costa i Llovera, Casanovas*. En *Obra Completa*, XVI, 348).

¹⁸ M. ARTIGAS, *La vida y la obra de Menéndez Pelayo*, 23. Así se entiende el comentario que en 1910 hizo de *El Criterio* en el parlamento preparado para la celebración del

A la larga, Balmes y Menéndez Pelayo coincidirán en más de un punto, en especial, en dos aspectos básicos: en la defensa de la cultura española y en la condena del krausismo del que discrepaban doctrinalmente por su panteísmo. “Si no se establece —escribe Balmes— distinción *esencial y substancial* entre lo finito y lo infinito, no se sale del panteísmo, no se explica a Dios, se le niega, y en cuanto al origen del mundo se cae en el sistema de las emanaciones, que es inconciliable con la religión y con la metafísica”¹⁹. Llegados a este punto, procede recordar que según Menéndez Pelayo, Balmes estaba llamado a ser el pensador que había de renovar el panorama intelectual español en detrimento de Julián Sanz del Río que abrió la puerta al krausismo. “¡Qué distinta hubiera sido nuestra suerte si el primer explorador intelectual de Alemania, el primer viajero filosófico, que nos trajo noticias directas de las universidades del Rin, hubiese sido Don Jaime Balmes y no Don Julián Sanz del Río!”²⁰.

De cualquier modo, al analizar la perspectiva pedagógica de Balmes conviene ir con cautela porque, antes de destacar el sentido pedagógico de su vida y de su obra, diversos autores repararon en el aspecto psicológico, siempre ligado con el recto pensar. Tanto es así que en la conmemoración anual de Balmes que se realiza cada 9 de julio en la ciudad de Vic, desde el año 1861 (con la excepción de los años 1937 y 1938), a menudo se ha destacado la dimensión psicológica de Balmes (Oriol Anguera de Sojo, *Les característiques psicològiques de Balmes*, 1904), así como de su obra (Frederic Clascar, *Estructura mental i significació filosòfica de Balmes*, 1904; Joan d’Abadal, *La intuïció psicològica del Dr. Balmes*, 1917). Des-

primer centenario del nacimiento de Balmes: “... es *El Criterio* una especie de juguete literario que pueden entender hasta los niños, una lógica familiar amenizada con ejemplos y caracteres, una higiene del espíritu formulada en sencillas reglas, un código de sensatez y cordura, que bastaría a la mayor parte de los hombres para recorrer sin grave tropiezo el camino de la vida” (M. MENÉNDEZ PELAYO, *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*, 12) [Sabido es que Menéndez Pelayo no pudo trasladarse a Vic en 1910, de modo que su parlamento fue leído ante su ausencia].

¹⁹ J. BALMES, *Filosofía elemental*. En *Obras Completas*, III, 533.

²⁰ M. MENÉNDEZ PELAYO, *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*, 8. De hecho, esta argumentación ya aparece años antes en otros lugares. Así, por ejemplo, Manuel Polo y Peyrolon, autor del artículo “Balmes” del *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas* (Valencia, Domenench, 1885) escribió: “Para España fue una verdadera calamidad, que no se encomendase a Balmes la cátedra que se regaló al sofista germanófilo Sanz del Río” (vol. II, 48).

pués de las interpretaciones psicológicas de su personalidad y de su obra, llegaron las lecturas pedagógicas que se afianzaron a lo largo del siglo pasado. La reivindicación de un Balmes educador —siempre presente en la visión del P. Casanovas— también se dejó sentir con motivo del centenario de *El Criterio* (1943 y 1945) cuando se recalcó su naturaleza psicopedagógica e, igualmente, a raíz del centenario de su muerte (1948) cuando se insistió en su dimensión educativa, no sólo individual, sino también social. Así, a raíz del primer centenario de su muerte, Agustín Esclasans puso en relación *El Criterio* con el *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, a la vez que señaló que la filosofía pedagógica balmesiana no se pierde, gracias a su realismo y carácter integral, entre nebulosas. “La especulación mental balmesiana, en su primera obra de intención filosófica, cae de plano en el campo de la Pedagogía. En efecto: la clasificación que mejor cuadra a *El Criterio* es la de filosofía pedagógica. Balmes, en él, se nos presenta como un gran maestro, como un delicado y muy sensible preceptor”²¹.

Una interpretación similar aparece en la presentación de la edición conmemorativa de aquel centenario que preparó Miguel Florí al argumentar que, gracias a *El Criterio*, Balmes se coloca entre los mejores representantes de la pedagogía.²² También Juan Manyá —en la conferencia que impartió en Balmesiana, en el otoño de 1943— destacó el carácter pedagógico de *El Criterio*, hasta el punto de definirlo como un verdadero tratado de pedagogía intelectual que se basa sobre una psicología que ofrece tres postulados: en primer lugar, reconocimiento de las influencias de la vida afectiva en el proceso del pensamiento; importancia de la atención en segundo lugar y, por último, la conveniencia de que cada uno se dedique al estudio para el cual es más apto.²³

²¹ J. BALMES, *El Criterio*, edición del centenario, prólogo de A. ESCLASANS, Editorial Juventud, Barcelona, 1943, 14.

²² “Enseñar la manera práctica de ir con toda el alma a la verdad, según el ideal cristiano, tal es la meta a donde se dirige ese conjunto admirable de principios, reglas, observaciones y sobre todo ejemplos en escena que forma *El Criterio*...” (J. BALMES, *El Criterio*, edición conmemorativa del centenario, precedida por “¿Qué es *El Criterio* de Balmes?” de Miquel FLORÍ, Balmesiana, Barcelona, 1943).

²³ Juan Bautista Manyá (1884-1976) —canónigo de Tortosa— desarrolló las grandes intuiciones psicológicas y pedagógicas de Balmes, escribiendo —a instancias del padre Casanovas— su obra *El talento* (1936, 1948). Con anterioridad, Manyá había publicado diversos artículos defendiendo una pedagogía del talento, a partir de los antecedentes

Como vemos, este giro pedagógico en la interpretación de la obra balmesiana se consolidó el año 1948 al cumplirse el centenario de la muerte.²⁴ Así por ejemplo, Felio A. Vilarrubias resaltó el valor pedagógico de *El Criterio* en su libro sobre el Doctor de Ausona.²⁵ Para desarrollar su exposición este autor tuvo a la vista la conferencia de Tomás Carreras Artau, pronunciada en Vic con motivo del centenario de *El Criterio*, titulada «Antecedentes y primores de “El Criterio” de Balmes», trabajo en que se aparecen enunciados diversos aspectos de alto voltaje pedagógico.²⁶ Cabe insistir en el hecho de que *El Criterio* contiene las premisas para una filosofía de acción, que a través del sentido común limita los excesos de los filósofos, a la vez que es guía de la conducta. No en balde, Tomás Carreras Artau recuerda que en *El Criterio* el sentido común tiene diversos nombres: instinto, tino, tacto, buen y sano juicio. El título de la versión francesa de *El Criterio* —*Art d'arriver au vrai*, 1852— ilustra perfectamente esta aspiración o tendencia al recto pensar. Efectivamente, lo que interesa a Balmes es el recto pensar y el buen juicio, hasta el punto que “debería ser un vademécum de todo docente español”²⁷.

Con el correr de los años, Joaquín Carreras Artau recordaba que la vocación pedagógica fue la más acusada de Balmes después —lógicamente— de la de sacerdote. A fin de fundamentar su opinión, el menor de los hermanos Carreras Artau manifiesta que la orientación educativa de Balmes se manifiesta en dos direcciones: en su magisterio cívico ejercido hacia el interior de España y en el magisterio filosófico-apologético que desarrolló de cara a Europa.²⁸ Por tanto, podemos decir que Balmes fue el pedagogo

balmesianos. A pesar de su afición por Balmes, Manyá formuló algunas críticas al talento del propio Balmes que, en su opinión, no pudo evitar caer en ciertas contradicciones que se constatan en el hiato existente entre la teoría y la práctica (J. MANYÁ, “Balmes filósofo: su estilo a través de las páginas de *El Criterio*”, 1-16).

²⁴ El año 1948 también apareció otra edición de las *Obras Completas* de Jaime Balmes (Biblioteca Perenne, Barcelona, 2 vols.) con prólogo, ordenación, revisión y notas del padre BASILIO DE RUBÍ.

²⁵ F. A. VILARRUBIAS, “Valor pedagógico de *El Criterio*”, en *El Doctor de Ausona. Del singular alcance de la obra del Doctor Jaime Balmes*, 61-77.

²⁶ T. CARRERAS ARTAU, “Antecedentes y primores de *El Criterio* de Balmes”, 63-92.

²⁷ S. CUESTA, “Balmes, maestro de su tiempo y del nuestro”, 193 [Aunque el texto corresponde a una conferencia pronunciada el año 1948, no se publicó hasta muchos años después].

²⁸ J. CARRERAS ARTAU, “La vocación pedagógica de Balmes”, 3-5.

del sentido común que se puede presentar —sin forzar demasiado las cosas— como un antecedente de la pedagogía moderna por su carácter realista y social.²⁹

I. Dimensiones de la pedagogía balmesiana

Desde un punto de vista sistemático se puede decir que Balmes alcanza la condición de pedagogo por diversas vías o caminos, a través de las cuales despliega su actividad educativa: por la actitud filosófica a favor del recto pensar; por su sentido psicológico orientado a la promoción del talento; por el realismo de su metodología didáctica; por la defensa de la civilización católica; por la crítica a la política educativa liberal; por su posición a favor de la formación intelectual del estamento religioso; por el papel que confiere al clero en el progreso científico y material de la sociedad; como precursor de la pedagogía social; y, finalmente, por su papel como renovador de la catequesis. A continuación, analizaremos cada uno de estos aspectos, en el bien entendido de que la lectura pedagógica de la obra balmesiana —ciertamente poliédrica— permite otras interpretaciones que pueden complementar y ampliar los puntos que acabamos de detallar.

I. 1. El recto pensar

En el campo filosófico hay que resaltar la importancia de *El Criterio*, obra que fue escrita de una tirada, sin libros a la vista, a partir del primero de octubre de 1843, en la masía de Prat de Dalt de San Feliu de Codines. Allí Balmes se refugió cuando ardía Barcelona con motivo de la revuelta ciudadana de la Jamancia, la última de las revoluciones que tuvieron lugar en la Ciudad Condal entre 1836 y 1843. Indudablemente este hecho ha contribuido a dar más fama a esta obra de la que se han hecho innumerables ediciones, circunstancia que confirma su éxito editorial y su aceptación social, presentándose como la codificación del “seny” catalán.

Pues bien, *El Criterio* —escrito el año 1843 y publicado dos años después— ampliado y redactado con más exactitud fue la *Filosofía fundamental* (1846), que dio pie a una síntesis a manera de *Filosofía elemental* (1847). De acuerdo con el análisis de Tomás Carreras Artau, detrás de *El*

²⁹ S. GARRIDO SALDAÑA, *La pedagogía de Balmes*.

Criterio se observa la influencia de Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Pascal, de la *Ratio Studiorum* de los jesuitas y el *Art de penser* de Arnauld, más conocido por la *Lógica de Port Royal*. Si bien la *lógica de Port-Royal* —obra representante del espíritu jansenista— es de carácter intelectualista, en *El Criterio* se detecta la presencia de una actitud de sentido común y de docta ignorancia que implica, a su vez, una higiene o propedéutica mental que contempla diversas posibilidades: la inspiración, la meditación, la invención y la intuición. En cualquier caso, *El Criterio* que utiliza reglas y ejemplos extraídos de la vida cotidiana posee la voluntad de llegar a todo el mundo, mientras que la *Lógica* —que abre su *Filosofía elemental*— enseña sólo por reglas. En este punto, se impone reproducir la valoración que hacía Joaquín Carreras Artau de esta obra: “Ciertamente que *El Criterio* revela una honda intención pedagógica; pero es, más bien, un arte de pensar y un manual de autoformación para lectores adultos, que deja a un lado los problemas generales —y previos— de la enseñanza”³⁰.

Resulta normal, por tanto, que *El Criterio* haya sido visto como un paradigma para todas aquellas obras que pretenden servir de guía en el camino del recto pensar, aunque no se limita —como las *Reglas para la dirección del espíritu* de Descartes— a determinar una disposición intelectual, sino que la obra afecta a la totalidad del ser humano, encontrando ejemplos sencillos que sirven de modelo.³¹ No en balde, el P. Casanovas lo dejó bien claro cuando distinguió entre la enseñanza por reglas en su *lógica* y la enseñanza por reglas y ejemplos de *El Criterio*. Si la *Lógi-*

³⁰ J. CARRERAS ARTAU, “Los escritos pedagógicos de Balmes”, 145.

³¹ No hay duda de que Balmes, bajo la influencia cartesiana, se preocupa por las cuestiones metodológicas, así como de suministrar reglas para la actuación humana. Así se explica que sus obras —en especial, la *Filosofía elemental* y la *Filosofía fundamental*— incorporen un gran número de reglas, la importancia de las cuales queda reflejada en sus *Pensamientos*, al afirmar que conviene aprenderlas y acostumbrarse a ellas como los músicos al compás ya que después se observan sin advertirlo. Por su carácter divulgativo *El Criterio* incluye muchos ejemplos que ilustran el contenido de una obra dirigida al gran público. En el prólogo a la *lógica* de su *Filosofía elemental*, Balmes escribe lo siguiente: “Como el arte de pensar no se aprende con solas las reglas, hubiera multiplicado de buena gana los ejemplos en que se viese la aplicación de las mismas; pero me ha retraído el temor de que la obra saliese demasiado abultada, cuando mi propósito era reducirla a la menor dimensión posible” (J. BALMES, *Filosofía elemental*. En *Obras Completas*, III, 7).

ca constituye un auténtico libro de texto, podemos considerar a *El Criterio* como un libro de lectura que atiende no sólo a la enseñanza sino también a la delectación del lector. En cualquier caso, ambas perspectivas —lógica y ejemplar— apuntan hacia una misma dirección que no es otra que la autoformación intelectual y moral del ser humano que no debe alejarse del camino de la verdad y de la bondad. Así pues, *El Criterio* se puede entender como un tratado para formar un buen ciudadano, que piense y obre bien, y que, por encima de todo, no se aparte de la religión cristiana porque —en último término— la educación únicamente alcanza su sentido desde la perspectiva de la religión.

I. 2. Sobre el talento y el genio

Cuando se revisa la biografía de Balmes se detecta un deseo por convertirse en un verdadero genio, cosa que no ha de extrañar a la vista del ambiente romántico en que vivió. En esta dirección, Balmes distingue entre los profesores que tienen genio y aquellos que no lo poseen: “Hay sabios de profesión y los hay de genio; así sucede en todo”. De igual manera considera que hay alumnos que pueden llegar a ser genios, mientras que para otros, a pesar de su talento, esta meta les queda del todo vedada ya que carecen del elemento de genialidad que se distingue por la inspiración creadora que se fundamenta —*more* cartesiano— en una clara y viva intuición.³²

Es importante resaltar que para Balmes la genialidad proviene de la naturaleza, pero puede desarrollarse por el esfuerzo a través del ejercicio de la voluntad. Todo indica que el genio constituye una figura central de su reflexión psicopedagógica, preocupada de que todos los espíritus geniales

³² En la colección de pensamientos de Balmes encontramos diversas afirmaciones referidas al genio y al talento, que seguidamente reproducimos: “Entendemos más por intuición que por discurso: la intuición clara y viva es el carácter del genio”; “Un genio se inclinará al sistema de las ideas innatas”; “Hay bastantes cabezas que son libros y hasta bibliotecas; pero pocas inteligencias”; “Un genio es una fábrica, un erudito un almacén”; “Talento; ¡qué palabra tan vaga! Sus definiciones y clasificaciones darían lugar a una grande obra”; “Hay talentos claros porque son superficiales; son como un arroyuelo de escasa profundidad; enturbiada un poco el agua, todavía se distinguen la arena y piedrecitas del fondo”; “Hay talentos profundos, pero claros: son una grande antorcha que todo lo alumbra”; “El ingenio suple a veces el genio: es como el agua que nos ofrece una gran profundidad, reflejándonos la inmensidad del firmamento” (J. BALMES, *Pensamientos*. En *Obras Completas*, VIII, 328-347).

no se desaprovechen. De hecho, sus alusiones al genio son frecuentes a lo largo de su obra, insistiendo que el verdadero genio se distingue más por ver que por discurrir. “El verdadero genio más bien *ve* que *discurre*; y el talento es tanto más claro y elevado cuanto más se acerca a esa fuerza intuitiva que comprende los objetos a la primera ojeada... Dichosa la nación que tiene a su frente un hombre de esta clase, dotado al propio tiempo de rectitud de intenciones y firmeza de voluntad; en poco tiempo podrá lograr por simples providencias gubernativas lo que no fuera dable conseguir con dilatadas discusiones de asambleas deliberantes”³³.

Da la impresión que Balmes confiaba en la intervención salvadora de un líder carismático capaz de dirigir un país como España, en declive por la injerencia exterior y las discordias intestinas.³⁴ De aquí su gusto por leer biografías de aquellos grandes hombres —a su parecer Napoleón y Descartes son dos genios de la guerra y de la filosofía respectivamente—³⁵ que se caracterizan no por tener muchas ideas, sino por generar sólo algunas porque cuando más elevada es una inteligencia menos ideas se tienen.³⁶ En todas las cuestiones —y aquí nos hacemos eco del capítulo XVI de *El Criterio*— existe un punto de vista principal desde el cual el genio lo domina todo, por encima del resto de los hombres, con lo cual Balmes cierra el camino al erudito enciclopédico: “Un genio es una fábrica, un erudito un almacén”.

³³ J. BALMES, *La discusión y el gobierno*. En *Obras Completas*, VI, 449.

³⁴ Balmes consideraba a Mendizábal el genio de la revolución de manera que buscaba otro genio para oponérsele. Es posible que en algún momento él mismo hubiese pensado en ocupar este liderazgo que en Francia había protagonizado Napoleón al frenar la cadena de acontecimientos desencadenados por la Revolución Francesa.

³⁵ Nótese lo que Balmes escribió sobre Descartes: “Sus talentos no se limitaban a la metafísica, era eminente matemático, y, aunque inclinado en demasía a hipótesis en las ciencias físicas, mostraba un genio privilegiado para la observación de la naturaleza... Sea cual fuere el abuso que posteriormente se haya hecho del método de Descartes en lo tocante a la religión, debemos confesar que el ilustre filósofo concilió con el espíritu de examen su adhesión al catolicismo” (J. BALMES, *Filosofía elemental*. En *Obras Completas*, III, 490). En cuanto a su consideración de Napoleón como genio, coincide con Chateaubriand quien después de entusiasmarse con Bonaparte acabó enemistado con él.

³⁶ Sobre el particular, el profesor Juan Tusquets escribió: “Desde su adolescencia trabajó por averiguar las notas diferenciales del “genio”; para ello leyó y releyó biografías de hombres célebres. Varios rasgos comunes encontró en ellos: su complejidad psíquica, el consorcio de la inspiración —a la que asigna un puesto decisivo— y del trabajo, la conciencia de la misión que les está confiada, su poder de fascinar” [“El sistema filosófico de Jaime Balmes”, 463].

Es muy posible que Balmes se considerase un genio que no fue reconocido como tal durante sus años de estudio en el Seminario de Vic (1817-1826, 1830-1832) y en la Universidad de Cervera (1826-1830). “Así, cuando entre los jóvenes se encuentra alguno en cuya frente chispea la llama del genio, nadie le advierte, nadie se lo avisa, nadie se lo hace sentir, y, encajonado entre los buenos talentos, prosigue su carrera sin que se le ya ha hecho experimentar el alcance de sus fuerzas”³⁷. Situados en esta coyuntura —la existencia de unos pocos alumnos geniales que contrasta con el elevado número de capacidades normales, es decir, de inferior talento— se impone que los espíritus selectos no se pierdan por el camino. Obviamente la enseñanza de las matemáticas —pero sin desdeñar las humanidades— constituye un magnífico banco de pruebas para descubrir aquellos alumnos que no se limitan a reproducir las explicaciones del profesor sino que poseen una habilidad innata capaz de ser verdaderos inventores, de manera que su talento —gracias a la intuición— se puede desarrollar fácilmente. La consecuencia de todo ello es evidente: “El hábil profesor desea tomar la medida de los talentos que hay en la cátedra, y el tiempo que le sobra después de la explicación le emplea en hacer un experimento”³⁸.

Nos encontramos, pues, ante una propuesta pedagógica que busca potenciar los espíritus selectos que poseen más talento y capacidades, ya que Dios las distribuye en diferentes grados. Así pues, se puede establecer una clasificación a manera de tipología psicológica: en primer lugar, tenemos los genios de buen talento, y en segundo lugar, aquellos alumnos en que el talento se reduce ostensiblemente. “Es tanta la variedad de los talentos, es tal la diversidad de las materias, se reúnen en torno de una misma cátedra alumnos de ídoles tan distintas, que sólo a fuerza de un tacto exquisito que por necesidad ha de ser el fruto de dilatada experiencia puede un profesor presentar sus ideas de tal manera que no excedan la capacidad de los de alcance limitado y no fastidien a los de comprensión aventajada”³⁹.

Al margen de esta división psicológica —disciplina que despertó el interés de Balmes, tal como demuestra su polémica con Mariano Cubí a raíz

³⁷ J. BALMES, *El Criterio*. En *Obras Completas*, III, 657.

³⁸ *Ibidem*, III, 659.

³⁹ J. BALMES, *La instrucción del clero*. En *Obras Completas*, V, 832.

de la frenología—⁴⁰ se ha de destacar que Balmes siempre reconoció la necesidad de los estudios elementales. En realidad, él mismo siguió esta orientación desde el momento que utilizó tres instancias —*El Criterio*, la *Filosofía elemental* y la *Filosofía fundamental*— a fin de divulgar su pensamiento filosófico a diferentes niveles, a saber, para el gran público, para la iniciación filosófica y para el estudio sistemático de la filosofía.

Vistas así las cosas, en el despliegamiento de toda ciencia se establecen dos niveles: el elemental y el inventivo. El primero está reservado al hombre corriente que, a falta de genio, se mueve en el orden elemental de manera que precisa del auxilio exterior para alcanzar un conocimiento libre de las cosas. Por su lado, el segundo —el inventivo— es propio de aquella minoría que goza del talento de invención, es decir, de aquellos que se pueden guiar a sí mismos y no se han de limitar a un saber erudito sino que pueden conocer directamente las cosas. Por tanto, *El Criterio* —asumiendo las aspiraciones del recto pensar— ofrece dos vías que marcan una línea de demarcación entre aquellos que están preparados para la invención respecto de aquellos que, simplemente, se han de contentar con la repetición. Ahora bien, el camino es difícil incluso para los genios ya que nunca está exento de dificultades: “No admita ideas sin analizar, ni proposición sin discutir, ni raciocinio sin examinar, ni regla sin comprobar; fórmese una ciencia propia, que le pertenezca como su sangre, que no sea una simple recitación de lo que ha leído, sino el fruto de lo que ha observado y pensado”⁴¹.

Sin embargo, sería un error suponer que Balmes únicamente se preocupa de aquellos que tienen un talento extraordinario, que se encuentran en la senda de los genios, si bien éstos son los que más le interesan en el contexto romántico de una España aquejada por diversos problemas y que busca soluciones de emergencia para salir de su estado de postración. Al margen de la exaltación del genio, Balmes tiene claro que el trabajo constituye una dimensión de la actividad humana que com-

⁴⁰ Se ha de recordar que Balmes no adopta una actitud de rechazo ante la frenología —a la que dedicó diversos estudios (J. BALMES, *Frenología*. En *Obras Completas*, VIII, 270-327)— sino que se limitó a denunciar los peligros de una aplicación unilateral ya que —más allá de las relaciones entre el cerebro y la mente— podía conducir a un determinismo materialista que ponía en peligro la libertad humana y la dimensión espiritual del alma.

⁴¹ J. BALMES, *El Criterio*. En *Obras Completas*, III, 665.

pleta otros aspectos intelectuales y morales y que, a su vez, ha de controlar los sentimientos o las pasiones que afean la conducta humana.⁴² En la lucha constante entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, Balmes es consciente que la pereza constituye un grave obstáculo no sólo para acceder a la verdad sino también para el desenvolvimiento de la voluntad.

Si nuestro autor destaca la laboriosidad resulta lógico que dé importancia a la elección de carrera a partir de la determinación del talento que todo el mundo posee en mayor o menor grado, a fin de que cada uno se dedique a la profesión por la cual manifiesta una mejor aptitud y disposición. En rigor no se puede hablar de talento en singular, sino en plural ya que una persona puede expresar una determinada predisposición para una cosa pero una total incapacidad para otra. “Uno de los talentos más sobresalientes que he conocido en lo tocante a ciencias morales y políticas le considero mucho menos que mediano con respecto a las exactas; y, al contrario, he visto a otros de feliz disposición para adelantar en éstas y muy poco capaces para aquellas”⁴³.

Digamos, por tanto, que Balmes se anticipa a una pedagogía diferencial que busca que cada uno pueda ejercitar la actividad profesional que corresponde a su talento. En un mundo abocado a la industrialización, cuyos males todavía no se podían columbrar, Balmes parte de una constatación experiencial: el niño a los doce años ya manifiesta sus tendencias de modo que, a partir de esta edad, se puede conocer cuál es su inclinación, qué es lo que le cuesta menor esfuerzo y en qué estudios avanza más fácilmente. Además, si cada uno acaba trabajando en lo que más le conviene será factible alcanzar la felicidad. “En la acertada elección de la carrera no sólo se interesa el adelanto del individuo, sino la felicidad de toda su vida. El hombre que se dedica a la ocupación que se le adapta disfruta mucho, aun entre las fatigas del trabajo”⁴⁴.

⁴² No por azar Balmes eligió la exaltación del trabajo como tema para el discurso que pronunció en una fiesta escolar celebrada en Vic entre 1838 y 1841. Probablemente se debía tratar de una inauguración o fin de curso, certamen en el que debieron asistir no únicamente sus alumnos de matemáticas sino también los seminaristas de aquella ciudad (J. BALMES, *Discurso sobre los males causados por la ociosidad*. En *Obras Completas*, VIII, 576-582).

⁴³ J. BALMES, *El Criterio*. En *Obras Completas*, III, 563.

⁴⁴ *Ibidem*.

Esto quiere decir que se puede considerar a Balmes un adelantado de la orientación profesional y de la psicotecnia desde el momento que bosquejó pruebas para discernir el talento y las disposiciones de los niños. “Exponed la máquina de un reloj a la vista de una reunión de niños de diez a doce años, y es bien seguro que, si entre ellos hay alguno de genio mecánico muy aventajado, se dará a conocer desde luego por la curiosidad de examinar, por la discreción de las preguntas y la facilidad en comprender la construcción que está contemplando”⁴⁵. No deja de ser sintomático que este ejemplo responda a una concepción mecánica de las cosas, a pesar de sus prevenciones a identificar el progreso de la civilización con la máquina de vapor. Así, después de sus viajes al extranjero —sobre todo a Inglaterra— reclama una mejora de la enseñanza técnica y profesional, en el bien entendido que este tipo de enseñanzas había de contribuir a la mejora de la situación de la clase obrera, a la vez que había de facilitar el crecimiento de la riqueza del país.⁴⁶ Por tanto, Balmes —muy crítico con el excesivo número de abogados que salían de la universidad— aboga en favor del cultivo del dibujo y de las matemáticas, con la intención de que los campesinos, artesanos y obreros conociesen los secretos de la mecánica y de la dinámica, la precisión y la regularidad geométrica sin olvidar la proporción y la belleza de las cosas. Esta defensa de los estudios científicos y técnicos le lleva a exclamar: “Tenemos un nuevo pauperismo: los jóvenes ilustrados”⁴⁷.

Además, la utilidad de las matemáticas está fuera de cualquier duda, puesto que su cultivo promueve la inteligencia humana sin entrar en conflicto con la inteligencia divina. En último término, su propio desarrollo formativo —su proceso de autoformación— constituye un modelo para

⁴⁵ *Ibidem*, 562.

⁴⁶ Al preguntarse sobre los medios para mejorar la prosperidad de Cataluña, Balmes se hace la siguiente pregunta: “¿La enseñanza de las ciencias mecánicas y químicas está montada cual conviene para la propagación de las luces necesarias al progreso de las artes que de ellas dependen? Mucho lo dudamos...” (*Cataluña*. En *Obras Completas*, V, 931). Efectivamente, Balmes considera que no hay suficiente con la importación de máquinas, ni con la adaptación de un espíritu industrial y mercantil. También se necesita una adecuada formación a fin de que no quede todo al azar de los talentos naturales, de manera que propone establecer un plan de actuación destinado a la mejora de la capacidad técnico-laboral de los obreros que había de coadyuvar al progreso económico y material del país.

⁴⁷ J. BALMES, *Pensamientos*. En *Obras Completas*, VIII, 337.

todo el mundo, tal como se refleja en el discurso inaugural de la cátedra de matemáticas de Vic, pronunciado el 1 de octubre de 1837: “Reciba un joven buena educación moral y religiosa y dejad luego que se aficiona a las matemáticas y ciencias naturales, que se entusiasme por esa clase de estudios, que se acostumbre a pasar largas horas en la soledad de su gabinete embebido en sus meditaciones y en sus cálculos, y a buen seguro que su familia no tendrá que arrepentirse, antes podrá darse el parabién, no sólo por sus progresos científicos, sino por su conducta moral y religiosa”⁴⁸.

III. 3. Metodología didáctica realista

Desde un punto de vista didáctico, Balmes —influido por los jesuitas y por Descartes— manifestó siempre una destacada preocupación por el método que se había de seguir en el orden de los estudios. “La clara explicación de los términos, la exposición llana de los principios en que se funda la ciencia, la metódica coordinación de los teoremas y de sus corolarios: he aquí el objeto de quien no se propone más que instruir en los elementos”⁴⁹. Bien mirado, esta preocupación conecta con su irrenunciable voluntad de llegar a la verdad de manera que se impone formular no sólo un método de invención para obtenerla, sino también un método de divulgación o de enseñanza para hacerla extensiva y comprensible para todos. En esta dirección, podemos afirmar que uno de sus grandes objetivos pedagógicos fue el combate contra el memorismo excesivo y la emulación que, en su opinión, constituían una lacra de la educación de su tiempo.⁵⁰

Crítico con el conocimiento libresco —no con el trato con los libros— y el abuso de la memoria —aunque sin renunciar a su ejercitación—, Balmes recurre a su teoría del conocimiento de base realista que permite el contacto directo con las cosas a través de la observación. “Una vez esta-

⁴⁸ J. BALMES, *Discurso inaugural de la cátedra de matemáticas de Vich, pronunciado en 1º de octubre de 1837*. En *Obras Completas*, VIII, 573.

⁴⁹ J. BALMES, *El Criterio*. En *Obras Completas*, III, 656.

⁵⁰ “Generalmente hablando, parécenos que se cultiva demasiado la memoria de los niños y se cuida poco de desarrollar su comprensión. Se los acostumbra a decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulación, con la esperanza de premio o el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba a la lección que han de recitar, y entre tanto no se procura despertar su inteligencia y se la deja ociosa y atontada” (J. BALMES, *Instrucción primaria*. En *Obras Completas*, V, 607).

blecida la observación como primer elemento científico, es ya imposible no proseguir en ella; la ciencia podrá estar más o menos descuidada según la mayor o menor asiduidad de observación y deducción de los que en ella se ocupen, pero no es dable volver a las puras teorías y convertir en meramente especulativo e hipotético lo que se ha cimentado sobre el testimonio de los hechos”⁵¹.

Bien mirado, se puede establecer una correlación entre la metodología didáctica y la criteriología que se desprende de su filosofía que presenta la siguiente estructura: la conciencia existencial o experiencial que da fe de las verdades de la conciencia interna; la evidencia esencial o lógico-racional que garantiza las verdades ideales y, por último, el sentido común o instinto intelectual como criterio de las verdades que no se alcanzan ni por la conciencia ni por la evidencia. Gracias a este planteamiento gnoseológico, Balmes no cae en los excesos del idealismo ni del empirismo, de manera que se sitúa en la posición realista del término medio propia de la tradición aristotélico-tomista. Por tanto, da importancia a todo aquello que llega por los sentidos, sin renunciar a la existencia de verdades ideales, tal como se constata en su defensa de la enseñanza de las matemáticas que —además de su carácter aplicado— se convierten en una especie de pilar y propedéutica del saber, a la vez que sirven para discernir la existencia de genios.

En una actitud contraria al naturalismo de Rousseau no entiende la educación como un dejar hacer a la manera de la educación negativa, sino que considera la educación como una práctica que requiere orden, esfuerzo y trabajo, esto es, el ejercicio de la voluntad.⁵² Sólo los auténticos genios se encuentran exentos de este trabajo fatigoso, ya que poseen la capacidad de aprehender de inmediato las ideas innatas. En cualquier caso, Balmes apuesta por una enseñanza práctica y realista, tal como se refleja en el si-

⁵¹ J. BALMES, *Porvenir de las comunidades religiosas en España*. En *Obras Completas*, V, 847.

⁵² Al referirse al plan de enseñanza para la cátedra de matemáticas escribe: “Los métodos de enseñanza adolecen comúnmente de uno de dos vicios opuestos: la superficialidad y escasez de la rutina o un exceso de elevación y abundancia: el primero halaga la pereza del profesor o encubre tal vez lo menguado de sus alcances, el segundo lisonjea su vanidad imprudente, ahorrándole además la molestia de hacer un estudio detenido y minucioso para lograr que sus explicaciones se adapten a la capacidad de los discípulos; ambos encuentran en sus errados métodos un ahorro de trabajo, un secreto de comodidad y de holganza, pero ambos ahogan el fruto en su germen” (J. BALMES, *Plan de enseñanza para la cátedra de matemáticas de Vich*. En *Obras Completas*, VIII, 547).

guiente aforismo de sus pensamientos: “para aprender bien una lengua es poca cosa la gramática”. Se impone, pues, la práctica continuada, los métodos realistas y activos, tal como se constata en este pensamiento formulado a manera de paradoja: “conocemos más los libros; y el ser sabio consiste en saber cosas y no libros”.

En suma, Balmes —enemigo declarado de la enseñanza libresca y memorista, aunque como hemos visto no reniega de la lectura ni de la memoria— plantea una didáctica que se singulariza por estos puntos: necesidad de un método de aprendizaje, rechazo del aprendizaje memorístico y de la rutina escolar, oposición a una emulación artificial, importancia de la intuición, necesidad por comenzar con observaciones claras y sencillas, conveniencia de fomentar el esfuerzo y el trabajo, y, finalmente, la presencia de buenos maestros que se preocupen de la educación no sólo por intereses económicos sino también por una motivación formativa y moral.⁵³

I. 4. La civilización europea es hija del catolicismo

Con relación a su dimensión culturalista se ha de destacar que Balmes —que gustaba de realizar viajes por sus altas dosis formativas— introdujo el sentido comparativo en sus análisis culturales que también aplicó al campo de la educación.⁵⁴ En sentido genérico se puede considerar a Bal-

⁵³ “Conviene emplear todos los medios a propósito para procurarse buenos maestros; pero es preciso no contentarse con poseerlos, es menester cuidar de que, asegurados en sus destinos, no se entreguen a la indolencia, perdiendo el público los frutos que pudiera sacar de su idoneidad. Esta carrera es de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideración social, es tan modesta la gloria que acarrea y tan escasos los recursos que proporciona, que es muy fácil que los que a ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con la que la emprendieron, si no temen continuamente el ojo vigilante de la autoridad o de las comisiones que la representan, si no saben que a más de las visitas ordinarias y de pura solemnidad puede ser sorprendido por otras en que se inquiera diligentemente cuál es el estado de la escuela, y se observe minuciosamente hasta qué punto llega el celo del maestro y si procura realmente el adelanto de los discípulos, o si sólo trata de cubrir su responsabilidad con el mejor trabajo posible” (J. BALMES, *Instrucción primaria*. En *Obras Completas*, V, 612).

⁵⁴ Mientras en Francia se utilizaba el término *Civilisation*, que adoptó y siguió Balmes llegando a fundar una revista con el título de *La Civilización*, que publicó 34 cuadernos de 48 páginas cada uno entre 1841 y 1843, en el mundo germánico se empleaba la expresión *Kultur*, con las funestas consecuencias que reportó la identificación entre formación (*Bildung*) y *Kultur*. Con el paso del tiempo, el concepto civilización también pasó a la literatura anglosajona (Charles y Mary Bread, *The Rise of American Civilization*, 1927) y germánica (Norbert Elias, *El proceso de civilización*, 1939).

mes un precursor de la pedagogía comparada, disciplina que a principios del siglo XIX surgió en un momento en que los contactos y empréstitos entre los países comenzaban a ser frecuentes. Respecto a esta dimensión comparativa tampoco se puede olvidar la defensa que hizo Balmes del catolicismo frente a la interpretación de François Guizot de una historia europea basada en el protagonismo del luteranismo (*Histoire de la civilisation en Europe depuis la chute de l'empire romain jusqu'à la Révolution Française*, 1828). Así pues, contra la posición que representa Guizot, ministro de educación francés (1832-1837) y seguidor de Voltaire, se levanta —a manera de antítesis— Jaime Balmes que, en su condición de discípulo de los jesuitas, quiere dar respuestas al mundo moderno partiendo de la religión católica, que considera la cuna de la modernidad. “El movimiento filosófico, en lo que tiene de más libre y atrevido, no tuvo su origen en Alemania, no en Inglaterra, sino en la católica Francia. Descartes, que inauguró la nueva época, que destronó a Aristóteles, que impulsó el adelanto de la lógica, de la física y de la metafísica, es francés y católico”⁵⁵.

Tanto es así que en *El protestantismo comparado con el catolicismo*, obra preparada entre 1836 y 1840, si bien fue publicada en cuatro volúmenes entre 1842 y 1844, destaca el papel de la Iglesia católica en el origen y fermento de la ciencia, de modo que Balmes —al igual que haría años después Menéndez Pelayo— se opuso a la leyenda negra de una España inquisitorial, integrista y enemiga de la ciencia. “Antes del protestantismo la civilización europea se había desarrollado tanto como era posible; el protestantismo torció el curso de esta civilización y produjo males de inmensa cuantía a las sociedades modernas; los adelantos que se han hecho después del protestantismo no se han hecho por él, sino a pesar de él”⁵⁶. Además de esta defensa a ultranza del papel cultural del catolicismo, Balmes enfatiza el papel que la providencia ejerce al marcar un plan para el curso de la historia.⁵⁷ La tesis de Balmes —que participa de un culturalismo pedagógico católico— bien podría formularse de esta manera: el catolicismo ha sido el verdadero educador de Europa, según un plan divino de

⁵⁵ J. BALMES, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. En *Obras Completas*, IV, 764.

⁵⁶ *Ibidem*, 768.

⁵⁷ Sobre la filosofía de la historia de Balmes se pueden consultar —entre otros— los siguientes estudios: T. CARRERAS ARTAU, “Balmes y la filosofía de la historia” y F. DE URMENETA, *Principios de filosofía de la historia (A la luz del pensamiento de Balmes)*.

la historia que el protestantismo ha quebrado con la irrupción del individualismo, generándose un cisma no únicamente religioso sino también civil, político y literario.

Detengámonos un momento en esta cuestión, porque Balmes puede ser considerado un filósofo de la historia que sale en defensa del catolicismo. En efecto, Balmes participa de la visión católica de la historia que va de San Agustín a Bossuet, a partir de la cual fundamentará su apología del catolicismo que también se inspira en *El genio del cristianismo* de Chateaubriand (1802). Las similitudes entre ambos, además, son muchas al participar del espíritu romántico, del culto al yo o al genio y, por encima de todo, por su común defensa de la Iglesia en la configuración de la cultura europea. “Toutes les universités de l’Europe —escribe Chateaubriand— ont été établies, ou par des princes religieux, ou par des évêques, ou par des prêtres, et toutes ont été dirigées des ordres chrétiens”⁵⁸. Como es sabido, el colofón final de esta obra no tiene desperdicio: “Le christianisme est parfait; les hommes sont imparfaits. Or, une conséquence parfaite ne peut sortir d’un principe imparfait. Le christianisme n’est donc pas venu des hommes. S’il n’est pas venu des hommes, el ne peut être venu que de Dieu. S’il est venu de Dieu, les hommes n’ont pu le connaître que par révélation. Donc le christianisme est une religion révélée”⁵⁹.

Según Jaime Balmes, el protestantismo —con su espíritu privado en materia de fe y la supremacía religiosa atribuida al poder civil— torció el curso de la civilización europea, rompiendo la unidad religiosa y promoviendo una demagogia impía en lugar de una verdadera democracia religiosa. Frente a la interpretación histórica luterana que va de Voltaire a Guizot, Balmes considera que el catolicismo es el mejor valedor y garante de la evolución del saber y del conocimiento, tal como se constata en el capítulo LXXII de su magna obra comparativa que enfatiza la trascendencia que tuvo la Iglesia en la erección de las Universidades de la Edad Media que en el siglo XIX vivificaron los cardenales Newman y Mercier.⁶⁰ En definitiva, el catolicismo constituye la matriz cultural y pedagógica de una Europa que había de dar sentido a su historia, una historia declara-

⁵⁸ F.-R. CHATEAUBRIAND, *Génie du Christianisme*, II, 210.

⁵⁹ F.-R. CHATEAUBRIAND, *Génie du Christianisme*, II, 256.

⁶⁰ Como es sabido Balmes dedicó una nota biográfica a Newman, refiriéndose a su incomodidad con el anglicanismo y su acercamiento a Roma, con lo cual anticipó su conversión posterior (“El doctor Newman”. En *Obras Completas*, VIII, 59-66).

damente moral y religiosa que en todo momento se ha manifestado a favor de la ciencia y la cultura.

I.5. Crítica a la política educativa liberal

Sabido es que la cuestión política siempre concitó la atención de Balmes preocupado por poner fin a las guerras carlistas con una solución matrimonial que acabase con las disputas dinásticas, propuesta que a pesar de sus buenas intenciones no prosperó. Sea como fuere, lo cierto es que Balmes no se desentendió de la problemática política en un momento en que la sociedad liberal se abría paso —no sin dificultades— en el contexto de una España que acababa de salir de dos periodos absolutistas, los que corresponden a las etapas de 1814-1820 y 1823-1833, la conocida década ominosa. En realidad, no extraña que se interesase también por la educación desde una perspectiva política, ya que participó activamente en las campañas que se orquestaron contra la promulgación el año 1845 del plan del ministro moderado Pedro José Pidal, conocido vulgarmente como plan Pidal, a pesar de que el inspirador de la reforma fue Antonio Gil de Zárate.⁶¹ No hay duda de que el plan Pidal responde a los esquemas de la incipiente política liberal española que, desde un prisma pedagógico, culminó en la Ley Moyano de 1857. Recordemos —a grandes rasgos— cuáles eran los principios educativos proclamados por aquella reforma de 1845: generalidad o universalidad de la enseñanza, secularización, libertad de enseñanza, control de la enseñanza por parte del estado, gratuidad, centralización y uniformidad, cuerpo único de catedráticos funcionarios, entre otros aspectos.⁶²

Como es lógico, Jaime Balmes alzó su voz crítica hacia esta nueva ordenación de la educación en España, denunciando —entre otras cosas— los siguientes puntos: la nefasta influencia francesa, el centralismo burocrático, la uniformidad de los planes de estudio, la imposición de los libros de texto, las contradicciones de la libertad de enseñanza, las restric-

⁶¹ Existe una extensa bibliografía sobre el plan Pidal, si bien citamos únicamente dos referencias: M. DE PUELLES BENÍTEZ, *Educación e ideología en la España contemporánea*, 118-133 y A. CAPITÁN DÍAZ, *Historia de la Educación en España. II. Pedagogía contemporánea*, 72-80.

⁶² Una presentación de estos aspectos, con una selección de textos, se puede encontrar en: *Antología política de Balmes*, por José María GARCÍA ESCUDERO.

ciones a la enseñanza privada, el no reconocimiento de los Seminarios como centros de educación secundaria, el monopolio estatal universitario, y el establecimiento en Madrid de una Universidad Central sin la necesaria tradición académica y científica. En fin, a los ojos de Balmes la reforma liberal de Pidal fortalecía el papel del estado —elevado a la categoría de educador nacional desde la época napoleónica— hasta el extremo de arrebatarse a la Iglesia su función docente en un proceso que consumaba la secularización iniciada en tiempos de la Ilustración de Carlos III. Sin embargo, Balmes intuyó con claridad que el futuro del catolicismo no pasaba tampoco por una política de enfrentamiento sistemático con los estados liberales. Desde esta actitud hay que entender los ácidos juicios balmesianos respecto a los planteamientos pedagógicos de la política liberal, una posición crítica que no llega al rechazo frontal y que tiende, además, a fortalecer la presencia de los centros educativos dedicados a la formación de los religiosos. De alguna manera, podemos considerar a Balmes como un antecedente de todos aquellos que porfiaron por la erección de Universidades católicas.

I.6. Formación intelectual del estamento religioso

Como hemos indicado Balmes tuvo que hacer frente a un nuevo contexto político de signo liberal que, además de propugnar la separación entre la Iglesia y el Estado, comportaba una pérdida del peso específico de los Seminarios que eran relegados a un lugar secundario, de manera que retrocedían en su prestigio académico e influencia social. Por lo demás, el desarrollo del saber bajo el influjo del positivismo puso en evidencia el hiato entre la enseñanza literaria, filosófica y teológica que impartían los Seminarios y los progresos científicos y técnicos de una sociedad cada vez más industrializada que veía cómo el saber técnico gozaba de una mayor aceptación por su utilidad práctica. Ante una situación compleja como la que describimos, Balmes no se puso a la defensiva sino que dialogó, desde la ortodoxia católica, con la modernidad científica y filosófica y, lo que es más importante, dio respuestas a fin de que los futuros clérigos adquiriesen una preparación intelectual adecuada y suficiente, a fin de evitar el divorcio entre la fe y la ciencia sobre la base de la armonía entre la razón y la religión, esto es, entre el saber

y la virtud.⁶³ Como bien se sabe el cardenal Mercier renovó sobre la base de estas premisas el ideal universitario católico, introduciendo la investigación experimental en Lovaina donde creó, en 1895, el Instituto Superior de Filosofía, de acuerdo con las directrices neotomistas que dieron lugar al nacimiento de la *Revue Neoscolastique* (1894).

A la vista de estas expectativas, Balmes promovió un publicismo a favor de la instrucción del clero que había de seguir una formación que contemplase, además del saber, la observancia de los principios morales y religiosos del catolicismo. A fin de que esta instrucción llegase a todos los Seminarios y centros de formación religiosa, Balmes era partidario de la conveniencia de una buena estrategia para dignificar el estado de las ciencias eclesiásticas que dependían del nivel de la enseñanza que se impartía desde las diferentes cátedras y de la calidad de los textos escolares. En esta dirección, Balmes que se esforzó en la elaboración de manuales dirigidos a los estudiantes de los seminarios, reclama el trato con los libros modernos, pero también con los antiguos si los estudios eclesiásticos han de ser sólidos y profundos. “Así, por ejemplo, quien ha de poseer perfectamente la teología no ha de contentarse con lo que se ha escrito en los últimos tiempos. La Sagrada Biblia, los Santos Padres, las obras de los teólogos escolásticos, hasta las escritas con mal latín y pésimo gusto, han de ocuparle largas horas, y así es que está en peligro de acostumbrarse a vivir en otro siglo, con hombres muy diferentes, dando a sus ideas una dirección que nada tiene que ver con la que generalmente reciben los de los educados en medio del bullicio del mundo”⁶⁴.

Por otra parte, Balmes recomendó que los seminaristas —para quienes bosquejó la redacción de una carta a modo de consejo a advertencia—⁶⁵

⁶³ Balmes insiste en que el progreso científico no desautoriza la religión, sino al contrario, tal como queda confirmado en la siguiente argumentación: “no es verdad que los últimos descubrimientos sobre las ciencias naturales hayan echado por tierra la autenticidad de las narraciones bíblicas, que no es verdad que la ideología, ni la fisiología, ni otra de las ciencias cuyo objeto es el hombre, se hallen en pugna con la religión...” (J. BALMES, *La instrucción del clero*. En *Obras Completas*, V, 819).

⁶⁴ J. BALMES, *La instrucción del clero*. En *Obras Completas*, V, 833.

⁶⁵ A continuación, reproducimos por su interés el texto de esta carta que debía formar de un plan más amplio para la formación de los jóvenes seminaristas: “Comprendo, perfectamente, mi querido E., la situación de tu espíritu: no estabas acostumbrado a tan vasto horizonte, y el primer efecto que te ha producido es el que debía ser, deslumbramiento y confusión. Al experimentar esta novedad te has sentido descontento de la

frecuentasen también las Universidades, a fin de que cuando volviesen a sus diócesis pudiesen contribuir a la mejora del nivel intelectual de los jóvenes con vocación religiosa. Ciertamente esta propuesta tenía la intención de evitar que el aislamiento de los jóvenes en los Seminarios los marginase del espíritu de la época. De este modo, la actitud de Balmes se puede considerar innovadora, si tenemos en cuenta que entonces las Universidades poseían un sentido civil y que el estado —con su política secularizadora— había abolido la enseñanza de la Teología. En cualquier caso, no hay duda de que las consideraciones y consejos de Balmes influyeron a fin de que las universidades católicas fuesen una realidad a finales del siglo XIX y, en consecuencia, que fuesen frecuentadas por los jóvenes que buscaban aquella instrucción de cualidad que el pensador catalán reclamaba para el clero de su época.

En última instancia, la ilustración del clero era una exigencia para poder desarrollar su apologética en defensa de la religión católica. Balmes —para quien detrás de la incredulidad se escondía una fuerte dosis de ignorancia— era consciente que las manifestaciones de indiferencia religiosa, proclives al escepticismo, estaban a menudo basadas en argumentaciones que era necesario contradecir. “Si el incrédulo es hombre de mucho saber, la lectura ha de ser más fuerte; si es superficial, debe ser más ligera. Si es hombre dado a estudios filosóficos, la lectura debe ser de filosofía religiosa; si es aficionado a estudios históricos, de historia apologética”⁶⁶. En suma, nada más apropiado para la defensa del catolicismo que una sólida preparación intelectual del clero.

I. 7. El papel del clero en el progreso científico

Cuando nos acercamos a los textos balmesianos se detecta una inequívoca defensa del estudio de las ciencias, sin menoscabo alguno para el es-

enseñanza del seminario, y en ello me parece que no andas acertado. La lectura de obras y revistas de que no tenías ni noticia siquiera ha despertado en tu espíritu ideas nuevas y sentimientos desconocidos; pero reflexiona que si, como tú pretendes, se te hubiesen puesto en las manos semejantes escritos algunos años antes, ni te hubieran aprovechado, como te aprovechan ahora, y de seguro habrían impedido el que te radicases en ciertos estudios que serán el fundamento sobre que debe estribar cuando aprendas en tu vida” (J. BALMES, *Carta a un Seminarista*. En *Obras Completas*, V, 887).

⁶⁶ J. BALMES, *Conducta que debe observar el sacerdote con el incrédulo*. En *Obras Completas*, V, 875.

tudio de las humanidades. De hecho, podemos decir que su fórmula pedagógica contemplaba la suma de la piedad y de las letras (según la expresión escolapia de *Pietas et Litterae*), a la que se habrían de añadir las ciencias (*Scientiae*). De alguna manera, Balmes sigue a pies juntillas las ideas de los ilustrados o, para ser más precisos, la actitud defendida por la Ilustración católica. Frente al enciclopedismo ateo, heredero de la Ilustración setecentista, Balmes exige un clero —secular y regular— ilustrado y activo, que participe en los asuntos públicos y que se interese por el progreso y avance de la sociedad. De ahí, por tanto, que Ángel Herrera Oria lo pusiese en la misma línea que Gaspar Melchor de Jovellanos, que tanto hizo para el fomento de los estudios útiles con la difusión de las cartillas agrarias técnicas de cara a una mejora de las condiciones de vida del pueblo español. Balmes —que había visitado Francia e Inglaterra— estaba al corriente de los avances que se producían en el mundo de la agricultura y de la industria a fin de aumentar las riquezas de las naciones, reclamando —como buen espíritu ilustrado— que España también fuese una economía poderosa en el concierto económico de un mundo que, si en el siglo XVIII defendía las teorías fisiócratas a favor de la producción agraria, ahora —instalados en el siglo XIX— abogaba, con las reservas oportunas, por la industrialización de la sociedad.⁶⁷

En consecuencia, Balmes reclama que los miembros de las comunidades religiosas se dediquen al estudio de la matemática y de las ciencias modernas, de la física y de la química, especialmente. Para justificar tal demanda, recorre a la historia para demostrar que la Iglesia —y aquí trae a colación los nombres de San Albergo Magno y Roger Bacon— nunca se ha negado a tales estudios. La vida conventual y monástica ha de estar, pues, en consonancia con el espíritu de una época que reclama cosas útiles para la humanidad. “Digna, pues, y muy digna fuera de la vida religiosa la ocupación de los monjes en el estudio de las ciencias naturales”⁶⁸. Damos singular valor al hecho que Balmes rechazase el fomento del trabajo ma-

⁶⁷ El vínculo entre la agricultura y el cristianismo constituía una vieja alianza, tal como Chateaubriand reflejó en su obra *Génie du Christianisme*: “C’est au clergé séculier et régulier que nous devons encore le renouvellement de l’agriculture en Europe, comme nous lui devons la fondation des collèges et des hôpitaux” (F.-R. CHATEAUBRIAND, *Génie du Christianisme*, II, 219).

⁶⁸ J. BALMES, *Porvenir de las comunidades religiosas en España*. En *Obras Completas*, V, 851.

nual entre los religiosos, optando sin reversas por los científicos y tecnológicos. “¿No os parece más bello, más digno, más propio para granjear respeto a los monjes y acatamiento a la religión el que un cenobita fuese visitado en el momento de ocuparse en la resolución de arduos problemas matemáticos y físicos, en operaciones curiosas y delicadas, que no si se le encontrase puliendo unos mimbres o tejiendo un cesto?”⁶⁹.

No menos importancia posee su solicitud de que los párrocos rurales se impliquen en la vida de su comunidad más allá de sus obligaciones pastorales. La argumentación balmesiana recuerda la que esgrimieron los ilustrados cuando reclamaban a fines del siglo XVIII que las cartillas rústicas, destinadas a mejorar la producción agrícola, habían de ser enseñadas por los curas párrocos.⁷⁰ A estas alturas, la situación se repite a través de la pluma de Balmes, quien no tiene inconveniente alguno en reclamar su concurso para la mejora de la agricultura española: “enviad a todos los párrocos de tiempo en tiempo una breve reseña de las mejoras que se hayan hecho en todos los ramos de agricultura, de selvicultura, cría de ganados y demás que pueda contribuir a la prosperidad del país; encargadles que, por los medios que crean convenientes y decorosos, procuren la circulación de aquellas noticias, mayormente las que puedan tener aplicación más inmediata a la tierra donde residen, y sin nuevos gastos, sin mucho aparato de cátedras, las tendréis abiertas en todo el ámbito del reino”⁷¹.

Como vemos, Balmes solicita —de acuerdo con los postulados ilustrados— la concurrencia de los clérigos, en especial de los párrocos rurales, en el desarrollo de los saberes útiles (esto es, nuevas técnicas agrícolas) entre los campesinos. Da la impresión que Balmes desdeña un tanto el modo de vida dedicado exclusivamente a la oración y a la penitencia que continúa siendo necesaria, aunque reclama —bajo la influencia de los vientos románticos— el primado de la acción, intelectual o social, dos campos privilegiados que deben ser atendidos por los religiosos. De este modo, la vida contemplativa y el trabajo manual —dos aspectos inherentes tradicionalmente a la vida religiosa— quedan relegados a un segundo

⁶⁹ *Ibidem*, 852.

⁷⁰ “La idea de que los curas párrocos contribuyesen a la difusión de las *luces* no era nueva en 1795, fecha en que se publicó el Informe” de la Ley Agraria [G. ANÉS, *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*, 204].

⁷¹ J. BALMES, *Algunas reflexiones sobre la vida y la influencia de los párrocos rurales*. En *Obras Completas*, V, 865.

plano, aunque bien es cierto que Balmes no abomina de ellos ya que desea buscar respuestas a la indiferencia religiosa de su época, y para ello reclama la conveniencia de atender las necesidades más perentorias en el ámbito intelectual y social.

I. 8. Precursor de la pedagogía social

Cuando nos acercamos al pensamiento de Balmes observamos que también fue un pedagogo social que se anticipó a la doctrina social de la Iglesia, promulgada por León XIII en su encíclica *Rerum novarum* (1891). Bien mirado, Balmes —que nació un año antes que monseñor Wilhelm Emmanuel von Ketteler (1811-1877)— no sólo es un abanderado de la pedagogía social sino también del movimiento social católico, que surgió como respuesta a los males derivados de la industrialización y proletarización de la vida humana.⁷² Los males, pues, son muchos y no se limitan —como en otros tiempos— a la atención de los enfermos: muchedumbre de pobres, clases trabajadoras sin instrucción, infancia abandonada, etc. Para atender a todas estas necesidades, Balmes reclama la participación de la Iglesia a través de las órdenes religiosas.

Bueno será recordar que nuestro autor considera que la inteligencia, la moralidad y el bienestar, combinados y generalizados, constituyen el ideal de la civilización. A partir de estos supuestos, establece la siguiente fórmula de actuación: “Procuraremos —escribe Balmes en las páginas de *La Civilización* en 1841— formular nuestro pensamiento con la mayor claridad y concisión; hele aquí: Entonces habrá el máximum de la civilización cuando coexistan y se combinen en el más alto grado la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible”⁷³.

Desde la perspectiva del pensamiento social, Balmes se opone tanto al liberalismo como al socialismo de modo que opta —como es habitual en su caso— por una solución conciliadora, una armonía social que un tanto idealmente desea poner paz entre patronos y obreros, evitando así los conflictos sociales. Tanto es así que la lucha contra el pauperismo encuen-

⁷² M. ARBOLEYA MARTÍNEZ, *Los orígenes de un movimiento social: Balmes, precursor de Ketteler*.

⁷³ J. BALMES, *Estudios sociales*. En *Obras Completas*, V, 464.

tra un elemento clave en la caridad cristiana, hasta el extremo que considera la limosna como un deber social, a la vez que proclama la conveniencia de una distribución más equitativa de las riquezas. A su entender, la regla que los poderosos han de seguir respecto a los pobres es bien nítida: *hacerlos buenos y hacerles bien*.⁷⁴

Por lo demás, el trabajo ha de ser retribuido suficientemente a fin de que el jornal del obrero pueda cubrir las necesidades de su familia que constituye uno de los núcleos fundamentales de la sociedad. Podemos afirmar que Balmes fue un reformista social que consideraba que, para prevenir las revoluciones, nada mejor que las evoluciones. Para ello, el concurso de las órdenes religiosas es de suma importancia, tal como se desprende de aquel pensamiento que sugiere que “la propagación de las hermanas de la Caridad sería un gran bien para la humanidad y para rehabilitar la religión en la opinión de los pueblos”⁷⁵.

De hecho, Balmes busca la realización de una civilización católica que respete el papel de las instituciones —la familia, la propiedad, el estado, es decir, el orden civil y político— que se han heredado del pasado. Para Balmes uno de los grandes males a combatir es el egoísmo a partir del principio de la caridad y de la justicia, prácticas que adquieren una clara significación social a la luz de la doctrina de la Iglesia. En síntesis, Balmes asume la significación de un reformador o regenerador social, alejándose de los vientos revolucionarios y proponiendo una solución conciliadora que substituye la ley de la lucha por la concordia y la paz social, a la vez que recalca la importancia de la caridad como virtud fundamental para hacer frente a los males derivados de la modernización de las costumbres.

I. 9. Renovador de la catequesis

A modo de reacción a la indiferencia y al escepticismo religioso que cercenaban el protagonismo de la Iglesia, se produjo un importante mo-

⁷⁴ “Hacerlos buenos, procurando arraigar en las clases menesterosas la moralidad, y cuando de ésta hablamos entendemos una moralidad sólida, duradera, fundada en los principios religiosos. Hacerles bien, manifestando en su favor un espíritu de desprendimiento, haciendo, cuando la oportunidad se ofrezca, los sacrificios que la caridad reclama y que la naturaleza misma nos inspira con la compasión excitada en nuestros pechos a la sola vista del infortunio” (J. BALMES, *De Cataluña*. En *Obras Completas*, V, 953).

⁷⁵ J. BALMES, *Pensamientos*. En *Obras Completas*, VIII, 330.

vimiento en el siglo XIX a favor de la actualización y multiplicación de la catequesis. No ha de extrañar, pues, que en medio de las campañas desamortizadoras, la Iglesia —Balmes y el padre Claret son dos buenos ejemplos de lo que decimos— promoviese activas campañas a favor de la enseñanza del catecismo. De la misma manera que el P. Claret organizó la Librería Religiosa a fin de fomentar la piedad a través de estampas, opúsculos y publicaciones diversas, algo similar pretendió Balmes al proyectar una *Sociedad de buenos libros*, con destino a España y a las colonias de ultramar. Según registró él mismo, contaba para su proyecto con el Marqués de Viluma, junto a una pléyade de colaboradores: Quadrado, Pablo Piferrer, García de los Santos, Vicente Lafuente, Roca y Cornet, Rubió y Ors, Milá y Fontanals, etc.

Si el padre Claret —que insistió en la necesidad de un texto catequético único— publicó miles de catecismos, podemos añadir que Jaime Balmes —que había oído sus prédicas misionales—⁷⁶ fue un renovador de los métodos de su enseñanza que entonces se caracterizaba por la memorización de una serie de conceptos no siempre adaptados a la mentalidad infantil, a veces corregidos violentamente. Ya en sus reflexiones sobre la instrucción primaria se interroga sobre el número de niños que son capaces de repetir el catecismo, estando imposibilitados para explicar con acierto el sentido de una sola línea. Así los niños recitaban cosas sin saber lo que decían, aspecto negativo que también sucedía en otras materias: “Lo que acabamos de decir con respecto a la enseñanza del catecismo y de los elementos de la historia de la religión puede extenderse a todos los objetos en que se instruya a los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria debiera extenderse a los principios de buena crianza, a las reglas de aritmética, a las de leer y escribir; en una palabra, a todo aquello en que se les ocupa”⁷⁷.

⁷⁶ En una nota autógrafa que data del 14 de julio de 1846 y titulada *Conversación con el R. M. Claret*, Balmes manifestó lo siguiente: “Poco terror, suavidad en todo. Nunca ejemplos que den pie a ridículo. Los ejemplos en general de la Escritura. Hechos históricos profanos. Nunca oposiciones y cosas semejantes. Habla del infierno; pero se limita a lo que dice la Escritura. Lo mismo en el purgatorio. No quiere exasperar ni volver locos. Siempre hay una parte catequística” (I. CASANOVAS, *Reliquias literarias de Balmes. Recuerdo del centenario*, 263-264).

⁷⁷ J. BALMES, *Instrucción primaria*. En *Obras Completas*, V, 608-609.

El año 1841 publicó *La Religión demostrada al alcance de los niños* —una aportación pionera en la historia de la educación popular, según B. Delgado—⁷⁸ que pronto consiguió una gran difusión, ya que fue adoptada por diferentes colegios. En realidad, se trata de una especie de catecismo que, a pesar de su carácter apologético, fue elaborado con un nuevo espíritu que no responde a la lógica tradicional de preguntas y respuestas, que se habían de memorizar, sino que plantea una nueva pedagogía catequética que huye de la rutina y que tiende a dar explicaciones acomodadas a la mentalidad infantil. Seguramente que Balmes buscaba más la exposición de las verdades de la fe que se han de fijar de manera reflexiva en los corazones y mentes infantiles que no una instrucción religiosa basada en una serie de deberes que obligan a actuar por un mandato externo. En la advertencia preliminar anota los vicios de la enseñanza catequética: “Se los instruye por medio del catecismo en los rudimentos de la religión, y se les hace decorar su historia, pero no se llama bastante su atención sobre los fundamentos de las verdades que aprenden; y así es que al salir de la escuela para entrar en una sociedad distraída y disipada, cuando no incrédula o indiferente, no encuentran en su entendimiento las luces que podrían servirles para sostenerse en las creencias de nuestra religión sacrosanta”⁷⁹. Por su lado, en el apéndice final añade: “En el curso de esta obrita no he querido emplear el común sistema de preguntas y respuestas, porque, proponiéndome inculcar en el ánimo de los niños las razones fundamentales de nuestra santa religión, y queriendo, por consiguiente, evitar el que las aprendiesen de rutina, me ha parecido conveniente exponerlas de manera que con la misma novedad del método se llamase y fijase más la atención”⁸⁰.

Según parece, la elaboración de *La religión demostrada al alcance de los niños* fue inducida por Francisco de Paula Martínez de la Rosa, político liberal que había publicado el año 1839 una obra escolar titulada *El libro de los niños*, a la vista de la cual Balmes se animó a hacer una cosa similar para la formación religiosa. Aquí puede ser oportuno recordar que el libro de Martínez de la Rosa —con quien Balmes mantuvo una buena rela-

⁷⁸ B. DELGADO CRIADO, “Jaime Balmes (1810-1948)”, en *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España. II. Edad Contemporánea*, 99-111.

⁷⁹ J. BALMES, *La religión demostrada al alcance de los niños*. En *Obras Completas*, V, 6.

⁸⁰ *Ibidem*, 43.

ción— es breve y está redactado en 82 dísticos octosílabos de carácter heterogéneo: religioso, moral y cívico. Por tanto, su contenido combina pasajes bíblicos, con leyendas típicamente románticas, oraciones infantiles, fábulas, himnos y unas cuantas nociones elementales de geografía de España. Además, la pretensión de su autor era que podían ser escritos en las paredes de las escuelas de párvulos que entonces comenzaban a establecerse en algunos lugares.

En la línea que hemos apuntado, hay que pensar que *La religión demostrada al alcance de los niños* no es un catecismo al uso clásico, ni tampoco constituye un compendio de historia de la religión católica. En realidad, nos encontramos ante un nuevo planteamiento que busca fomentar el razonamiento de los niños a fin de argumentar las verdades de la doctrina católica. En este sentido, parece que la voluntad de Balmes fue ciertamente innovadora al intentar pasar de una fe rutinaria y repetitiva a una religiosidad más madura y mejor asimilada.⁸¹ En cualquier caso, es verdad que Balmes utiliza un lenguaje sencillo, aunque el tono culto, elevado y a veces filosófico se aleja de la mentalidad infantil, aspecto que no impide que esta obrita se edite todavía actualmente, extremo que confirma sus excelencias catequéticas.

II. Ámbitos de la pedagogía balmesiana

Una vez analizadas las dimensiones de la pedagogía balmesiana, procede que hagamos alguna referencia a los distintos ámbitos de aplicación. Así en este apartado nos interesan más los campos sociales —individual, familiar, cívico-social— que los estrictamente escolares. Baste recordar, en lo que se refiere al ámbito académico, que Balmes poseía la idea de gradación del saber de modo que a *El Criterio* seguían, en cuanto a dificultad, la *Filosofía elemental* y la *Filosofía fundamental*. Además, Balmes invirtió mucho tiempo en su propia formación hasta el punto que la educación se despliega en dos direcciones, esto es, la autoeducación y la heteroeducación. De hecho, la educación de sí mismo constituye una constante de la pedagogía católica, tema presente en la espiritualidad agustiniana e ignaciana, que encuentra en Balmes y Mercier dos jalones de un largo camino

⁸¹ Sobre este punto se pueden ver las consideraciones que Luis Resines hizo en su libro *La catequesis en España. Historia y textos*, 633-634.

que llega hasta el siglo XX.⁸² No cabe desconocer, como hemos indicado en diversos momentos, que él mismo dedicó muchas horas a la meditación individual y al estudio solitario de diversas materias, entre las que destacan las matemáticas.

De ahí que respondiendo a los signos de los tiempos y sin desdeñar en modo alguno la tradición de la filosofía perenne, plantease *El Criterio* como una obra destinada a la formación del hombre adulto. Si durante la infancia, cualquier persona debe ser educada bajo la atenta mirada de sus preceptores —ya sean padres o maestros— con el paso del tiempo el ser humano adquiere una mayor independencia y responsabilidad de modo que, entonces, la autoeducación se convierte en una exigencia inexcusable. Pero hay otra razón que justifica la importancia de la autoeducación: el genio no precisa de preceptor alguno para seguir su propio camino. De hecho, este tema ocupa la parte central del *Discurso del Método* (1637) de Descartes, texto en que no explica cómo funciona el método, sino cómo llegó al mismo por propia iniciativa a través de sus años de aprendizaje.

La intención última de Descartes no era otra que ilustrar pedagógicamente a cualquier posible lector sobre su propio proceso de formación, dejando la descripción del método para una obra posterior: las *Reglas para la dirección del espíritu*, publicadas póstumamente. Algo similar —el establecimiento de un método— acometió Balmes con *El Criterio* que, sobre la base de la tradición cristiano-humanista, incorporó elementos típicamente modernos como la formación de uno mismo y aspectos románticos encaminados a la búsqueda de los mejores talentos, esto es, de los genios. “Es indiscutible que la lectura de los románticos le contagió”, reconoció sin ambages el P. Casanovas.⁸³ En cualquier caso, cabe recordar que Balmes se abstuvo —como reconoce en su *Vindicación personal*— de incluir referencias personales en sus obras, incluso en sus prólogos o presentaciones de modo que se preocupó más de describir su criterio o método para llegar a la verdad, que no el proceso formativo a través del cual fue gestado.

Al tratarse de una especie de método, puede decirse que no siguió en *El Criterio* un plan estrictamente teológico, ni tampoco se dejó arrastrar por la sofisticación intelectual. Su propósito era más mundano, a fin de

⁸² F. SCHNEIDER, *La educación de sí mismo*, Herder, Barcelona, 1967.

⁸³ J. BALMES, *Obras Completas*, I, 251.

acercarse a la realidad de las cosas cotidianas, aunque sin perder de vista los grandes principios de la pedagogía perenne. Cosa sabida es que una de las críticas que a menudo concita la vida de Balmes fue su preocupación por las cuestiones materiales, en especial, la defensa de los intereses crematísticos personales y familiares. Pero aquí lo que queremos señalar es que —al margen de posibles censuras— sus planteamientos se mueven entre la tradición y la innovación, entre la herencia de un pasado que hay que mantener y la abertura a una realidad cambiante que exige dar respuesta a la formación de una personalidad que —en consonancia con las verdades de la fe cristiana— asuma los retos de la sociedad moderna sobre la base del sentido común. De la convergencia de ambos aspectos, surge su eclecticismo que —a la larga— fue una de las notas más características de la pedagogía católica del siglo XX que podemos calificar de verdadera *Sapientia* al unir a la *Pietas* el conjunto del saber humanístico (*Litterae*) y científico (*Scientiae*).

Desde un punto de vista estrictamente escolar, no hay duda de que *El Criterio* constituye una magnífica invitación a la meditación, punto en que coincide con los ejercicios ignacianos. Su apego a la meditación venía de sus años escolares, acentuándose durante la época de vida oculta (1836-1841) en Vic. En otro orden de cosas, hay que recordar que con relación a sus años de estudiante en Cervera, Fernando Razquin escribió: “Además de las horas que el Reglamento del Colegio señalaba para el estudio destinaba muchas a la meditación recogido en su celda, según su criterio, ya expuesto desde niño, de pensar largo e intensamente”.⁸⁴ Sea por mimetismo o convicción, lo cierto es que muchas escuelas y maestros han recurrido a *El Criterio* manteniéndose todavía hoy su vigencia en determinados ambientes pedagógicos próximos a la espiritualidad ignaciana. Aquí se nota —como en tantas otras cosas cuando se habla de Balmes— la influencia del P. Ángel Ayala y de Ángel Herrera Oria. Es lógico que así sea si se tiene en cuenta la complementariedad que se da entre ambas obras, esto es, entre los ejercicios espirituales de San Ignacio y *El Criterio* balmesiano. Ya lo constató el P. Isidro Grifull —director de la obra de Ejercicios Parroquiales, destinada al reclutamiento de ejercitantes— al ensayar un estudio comparado, en que coteja pasajes de las dos

⁸⁴ F. RAZQUIN FABREGAT, “La presencia del filósofo Jaime Balmes en la Universidad de Cervera”, 41.

obras, partiendo del siguiente enfoque: “*El Criterio* viene a ser en el orden natural y filosófico, lo que los Ejercicios espirituales son en el orden sobrenatural y ascético”⁸⁵.

Tampoco puede sorprender que se haya utilizado *El Criterio* como manual escolar —dirigido a los alumnos de educación secundaria— a fin de enseñar a pensar bien tanto a adolescentes como a personas adultas.⁸⁶ De hecho, la cosa no es nueva si tenemos en cuenta las innumerables ediciones de *El Criterio* aparecidas en el seno de la colección Austral, de la casa Espasa-Calpe que a partir de 1939 puso al alcance de los jóvenes estudiantes los clásicos de la literatura universal a precios módicos. Más recientemente, Santiago Fernández Burillo también insistió en la condición pedagógica de Balmes que así adquiere el carácter de un verdadero educador, ya que no se reduce a instruir el entendimiento sino que permite —a través de la lectura de *El Criterio*— conocer y estimular el desarrollo integral de la personalidad de cada alumno.⁸⁷

Digamos también que Balmes no se limita a cuidar el ámbito autoeducativo o la formación de sí mismo, y que su empleo tampoco puede circunscribirse al mundo escolar, sino que su obra —en especial *El Criterio*— afecta también a la vida familiar. Vale la pena recordar que en aquellos tiempos —nos referimos a la segunda mitad del siglo XIX y primeros compases del XX— los libros que se podían encontrar en una masía rural eran más bien escasos, ya que la religión se fomentaba a través del rezo de las oraciones (el rosario diario) y una iconografía de imágenes y crucifijos que daban testimonio de la presencia del sagrado en cada casa. En aquellos momentos, la alfabetización era una cosa más visual que no literaria, si bien la presencia de libros no era tampoco infrecuente. En este sentido, y junto al consabido calendario del payés que regulaba el trabajo y los días de los agricultores como en los tiempos de Hesíodo, existía algún libro de piedad que exaltaba el ejemplo de los santos y los *goigs* dedicados a la Virgen María, sin olvidar la vida y pasión de Jesucristo. Naturalmente algún catecismo del Padre Claret también podía tener cabida en aquellas reducidas bibliotecas de cara a la enseñanza de la religión a los niños, recurriéndose en ocasiones a la utilización de láminas y obras ilustradas para

⁸⁵ I. GRIFULL, “*El Criterio* y los Ejercicios Espirituales”, 36.

⁸⁶ S. FERNÁNDEZ BURILLO, *L'art de pensar bé. Una introducció a Jaume Balmes*, 32.

⁸⁷ *Ibidem*, 49.

facilitar el acceso de la mentalidad infantil a las verdades religiosas. Al lado de las obras citadas, podía aparecer algún que otro título de la Librería Religiosa del Padre Claret que tanto hizo en aquella época por impulsar la práctica de la vida cristiana en un mundo cada vez más secularizado.

Pues bien, después de esta descripción conviene precisar que *El Criterio* de Balmes pasó a formar parte del fondo de aquellas bibliotecas particulares que, por lo general, no se encontraban en ningún anaquel sino en los cajones de alguna cómoda porque —a estas alturas— los libros no se dejaban al alcance de cualquiera. De hecho, la presencia de *El Criterio* en estas bibliotecas no ha de extrañar ya que resume o codifica —como señaló Torras y Bages— el “seny” (cordura) catalán, distanciándose de la *rauxa* (arrebato), es decir, de una actitud alocada propia de aquel que rompe las reglas de juego de una manera impulsiva. Si es verdad que el “seny” depende del “pairalismo” catalán, es decir, de la manera de vivir que se observaba en una casa o masía desde tiempos antiguos (no en vano “pairal” significa que procede de los padres o de los antepasados) se entiende el elogio que Balmes hace de aquel tipo de vida: “Pero lo que agrada sobre todo al que observa de cerca la montaña de Cataluña es la afición al trabajo, la diligencia extremada, la moralidad, el respeto a las personas, el espíritu de hospitalidad y beneficencia que distingue a sus habitantes. Es necesario haberlo visto con los propios ojos para formarse idea de la asombrosa laboriosidad de aquellos labriegos”⁸⁸.

Cosa sabida es que a veces se ha negado la existencia de este “seny” que, para algunos, no es nada más que una elucubración romántica más o menos idealizada que no se basa en una comprobación empírica. Ahora bien, y sin caer en tópicos, bien puede decirse que Balmes sintetizó en *El Criterio* la pedagogía del sentido común de manera que, en ocasiones, se ha interpretado como una verdadera codificación del “seny”. Al fin de cuentas, el “seny” aparece a modo de una disposición esencial del carácter catalán que se singulariza por actuar prudentemente. En cualquier caso, no se puede negar —y aquí seguimos al profesor Tusquets—⁸⁹ que las clases

⁸⁸ J. BALMES, *El catalán montañés*. En *Obras Completas*, V, 901.

⁸⁹ J. TUSQUETS TARRATS, “El seny i la seva pedagogia en Jaume Balmes”, 9-13. Además, Tusquets destacó la incidencia del romanticismo sobre el pensamiento de Balmes, sobre todo en lo que concierne a la idea de genio, tratando este aspecto de la pedagogía balmesiana en: J. TUSQUETS TARRATS, *Práctica de la Educación*, 168-169.

ilustradas de la época vieron en el “seny”, el “sentido común”, no una realidad sino más bien aquello que aspiraban a ser a partir de una adaptación burguesa y menestral del viejo “seny” rural que se sintetiza en el pairalismo, tan extendido en la comarca de Vic, tal como se desprende de la sobria construcción de sus masías, de la sabia explotación de sus recursos y de la austeridad del modo de vida de sus habitantes. Todo ello arraigó en los centenares de masías dispersas de la comarca de Vic pasando a las poblaciones del llano que crecieron gracias a la industrialización de aquellas tierras, aunque hoy todavía perviven municipios que incluyen en su nomenclatura su origen pairal o solariego (Masías de Roda, Masías de Voltregá).⁹⁰

Todo indica, pues, que las gentes de antaño pensaban que era preciso fomentar ese sentido común (“seny”) de origen agrario, a fin de garantizar una manera de pensar realista, emparentada con el pensamiento de Balmes que adquiere así la categoría de un verdadero educador popular. A fin de ilustrar lo que decimos, nada mejor que recordar el caso de Jaime Raventós —hermano de Manuel Raventós Doménech (1862-1930), heredero de Can Codorniu y fundador de las cavas Codorniu y de Raïmat—⁹¹ que escribió lo siguiente al evocar la figura de su padre José Raventós: “Al pare no li desagradava el llegir una mica, però en tenia prou amb pocs llibres. Algun llibre de l’ofici de pagès, algun de pietat i algun altre educador del seny, eren per ell prou llibres. Recordo entre aquests *L’home feliç* de Teodor Almeida, llibre popular en aquell temps. En certa ocasió que va arreplegar *El Criteri* de Balmes no es cansava de dir: “Això!, això! Aquest és el llibre que jo havia desitjat i que em pensava que era per fer!” I a cada plana es quedava admirat de les coincidències del llibre amb el seu pensa-

⁹⁰ J. FONT GAROLERA, *Osona: la terra i la gent*, 2006, 364-375.

⁹¹ Jaime Raventós (1868-1938) dirigió el semanario popular *El Bon Seny* entre 1916 y 1918, siendo autor de las *Proses de Bon Seny*, editadas por el Foment de Pietat (1922, 5 volums). Además, pronunció el 9 de julio de 1933 en el Templo Romano de Vic la conferencia *Política de Balmes*. Sobre su personalidad existe la biografía de Josep Miracle *Jaume Raventós, l’home del seny* (Editorial Balmes, Barcelona, 1975). Además, Manuel Raventós —que fue presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro— es el autor de *Flors i violes. Pensaments que deixo als meus fills*, una obra póstuma que empezó a publicar el año 1909 el Foment de Pietat y que recoge una pedagogía del sentido común basada en la tradición balmesiana que, al fin y al cabo, influyó —a través de su padre— sobre los dos hermanos, Manuel y Jaume Raventós. Esta obra fue reeditada en 1963 por la Editorial Balmes.

ment. I en això no hi havia res d'estrany, perquè l'obra d'En Balmes i els pensaments del pare eren dues fonts de la deu del seny català, sense cap mena de mixtificació filosòfica, iestic segur que si el pare hagués dictat un llibre, el llibre hauria sortit per l'estil d'*El Criteri*"⁹².

Nos queda pendiente el último de los ámbitos en que destaca Balmes como pedagogo cívico y nacional, es decir, como educador del pueblo español. Es obvio que a través de la influencia de Menéndez y Pelayo, el magisterio balmesiano también llegó al Padre Ángel Ayala (1867-1960), y a todos aquellos que como Ángel Herrera Oria, se formaron alrededor suyo. Por esta vía, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas —fundada en 1909 por el P. Ayala en el madrileño colegio de Areneros— se convirtió en la mejor valedora del pensamiento de Balmes. Entre los pocos libros que el P. Ayala considera que deben formar parte de su "Biblioteca ideal", según describe en sus *Recuerdos y criterios de un viejo de ochenta y ocho años*, señala los siguientes: el catecismo de Ripalda, el Antiguo y Nuevo Testamento, el tratado de la oración y meditación del P. Granada y, naturalmente, las obras de Balmes y Menéndez Pelayo.⁹³

En sus *Consejos a los universitarios*, el P. Ayala insiste en la importancia de la lectura de los textos balmesianos. Después de referirse a diversos autores (entre los que destacan Schopenhauer, Nietzsche, Heidegger y Sastre) aboga, frente a la oscuridad heideggeriana, por la nitidez de Balmes y Menéndez y Pelayo, dos autores que representan magníficamente a la España católica. "Estamos por asegurar con una certeza moral que la inmensa mayoría de los estudiantes universitarios católicos de hoy no habrán leído ni una sola vez *El Criterio*. No es culpa de la juventud, sino de sus direcciones. Y culpa del ambiente frívolo de lectura de prensa y de la curiosidad de lo nuevo y exótico y peligroso y extranjero"⁹⁴.

Es indudable que Balmes fue un autor familiar para todos aquellos que frecuentaban los círculos de estudio de la ACNP. Sus prolíficas campañas en la prensa de la época y su visión política conciliadora se convirtieron en puntos de referencia para aquellos jóvenes católicos que después del P. Ayala recibieron el influjo y la dirección de Ángel Herrera Oria (1886-1968), quien siempre tuvo palabras de elogio y reconocimiento hacia el

⁹² J. RAVENTÓS, *Memòries d'un cabaler*, 413-414.

⁹³ Á. AYALA, *Obras Completas*, IV, 668.

⁹⁴ *Ibidem*, 473.

pensador catalán. En este sentido, Herrera Oria dibujó una tercera España a medio camino entre el progresismo extranjerizante que miraba sólo al exterior y el inmovilismo trasnochado incapaz de adaptarse —como hizo Balmes— al signo de los tiempos. He aquí su descripción de este tríptico español. “Una España detenida, aferrada a lo antiguo, cristalizada en lo tradicional, entendida, por otra parte, la tradición muchas veces en formas viciosas y mezquinas” y “otra España, por el contrario, desconocedora o poco estimadora de los valores de la raza, ajena al sentido íntimo de nuestra peculiar constitución nacional”⁹⁵. Eso quiere decir que entre las dos Españas irreductiblemente opuestas, se abre el horizonte de una tercera España que sigue la estela de Balmes y Menéndez Pelayo que así adquieren la condición de verdaderos maestros pensadores. “La tercera España se llamó en la primera década del siglo XIX Jovellanos. Jovellanos, comprensivo y magnánimo, enérgico y bondadoso a la par. Una de las figuras más amables de nuestra historia. La tercera España se llamó, a mediados de siglo, Balmes. Y en el último cuarto de siglo, en el orden político, se llamó Cánovas. Y en el cultural, Menéndez Pelayo”⁹⁶.

En realidad los miembros de la ACNP (Asociación Católica Nacional de Propagandistas) son los que más han participado del magisterio balmesiano, manteniendo vivo su nombre y ejemplo entre la juventud. “Desde mi juventud tuve a Balmes por maestro”, son las palabras que Alberto Martín Artajo —ministro de Asuntos Exteriores entre 1945 y 1957— utilizó para iniciar su conferencia “Los españoles, según Balmes”, pronunciada el 9 de julio de 1962 en Vic y que reprodujo en la introducción a la edición de *El Criterio* que, años después, preparó la Biblioteca de Autores Cristianos.⁹⁷ Desgraciadamente en Cataluña la figura de Balmes —tan estimada a nivel individual y familiar— no alcanzó la categoría de un educador cívico o colectivo, esto es, un educador del pueblo, a pesar de los esfuerzos de muchos, entre los que descuella la ingente labor del P. Casanovas, martirizado durante la Guerra Civil. En las páginas de *El Debate*, Ángel Herrera Oria escribió lo siguiente: “Si la juventud de Cataluña hubiese estudiado los diez tomos de escritos políticos de Balmes no se

⁹⁵ Á. HERRERA ORIA, *Meditación sobre España*, 221-222.

⁹⁶ *Ibidem*, 222.

⁹⁷ J. BALMES, *El Criterio*, BAC, Madrid, 1974.

hubiera dejado embaucar fácilmente por ninguna clase de separatismo espiritual⁹⁸.

III. A modo de conclusión

El pensamiento pedagógico de Jaime Balmes constituye un humanismo educativo que contempla todas las dimensiones del ser humano de manera que su ideal de formación se ha de cualificar con el adjetivo de integral.⁹⁹ Efectivamente, visto en conjunto, su ideario educativo se puede considerar integral ya que procura huir de cualquier unilateralidad, superando la pura instrucción: “La instrucción primaria es necesaria a todas las clases para su existencia y su adelanto, pero la educación es la única capaz de mejorar su moralidad y de dirigirlos por la senda de la virtud”¹⁰⁰. Así pues, Balmes —sin olvidar la instrucción— aboga por una formación moral y religiosa, de modo que busca el hombre completo que reúne todas las facultades en una relación íntima y recíproca. Se trata de una visión global que desea que el hombre piense rectamente y actúe moralmente, que aprenda un oficio hacia el cual muestre talento, y que permanezca abierto a la trascendencia: “El hombre es un mundo pequeño: sus facultades son muchas y muy diversas; necesita armonía, y no hay armonía sin atinada combinación, y no hay combinación atinada si cada cosa no está en su lugar, si no ejerce sus funciones o las suspende en el tiempo oportuno”¹⁰¹.

Fiel a la tradición del humanismo cristiano (Vives, Huarte de San Juan, Gracián), Balmes propone el hombre completo como objetivo de la

⁹⁸ J. M. GARCÍA ESCUDERO, *El pensamiento de «El Debate». Un diario católico en la crisis de España (1911-1936)*, 1171.

⁹⁹ Sin embargo, conviene precisar que Balmes no se ocupa de la dimensión física de la formación humana. No encontramos referencias a la gimnasia, ni a los ejercicios físicos en sus reflexiones sobre la educación que destacan el entendimiento y la voluntad como piezas clave de su pedagogía integral. Probablemente su débil condición física hizo que se despreocupase de esta dimensión, a pesar de que no se puede negar una base realista a su pedagogía que confirma la importancia de los sentidos para el conocimiento humano. En cualquier caso, Balmes fue un temperamento nervioso (piel blanca, cabellos rubios que más tarde fueron castaños, actitud reservada) que le provocó una anemia que, agravada por sus excesos de actividad y estudio, degeneró en una tuberculosis pulmonar de fatales consecuencias.

¹⁰⁰ J. BALMES, *La Civilización*. En *Obras Completas*, V, 480.

¹⁰¹ J. BALMES, *El Criterio*. En *Obras Completas*, III, 755.

educación, en un intento de poner fin a las escisiones que el ser humano sufría desde los orígenes de la modernidad. El dualismo cartesiano con la separación entre *res cogitans* y *res extensa* y, en especial la filosofía kantiana, al distinguir entre razón teórica y razón práctica reportaron un gran reto para la pedagogía que desde la época del clasicismo griego aboga por una formación integral. Al referirnos al humanismo pedagógico balmesiano se puede decir que constituye una síntesis del humanismo clásico y renacentista, sobre la base del catolicismo, tal como se puede comprobar en su fórmula que resume el mensaje educativo de *El Criterio*: “El entendimiento, sometido a la verdad; la voluntad, sometida a la moral; las pasiones, sometidas al entendimiento y a la voluntad, y todo ilustrado, dirigido, elevado por la religión; he aquí el hombre completo, el hombre por excelencia. En él la razón da luz, la imaginación pinta, el corazón vivifica, la religión diviniza”¹⁰². Ésta es en apretada síntesis la mejor manifestación de la pedagogía del sentido común de Jaime Balmes, un filósofo que también ha sido un maestro pensador de la España contemporánea.

Con estos antecedentes, se puede colegir que el ideal pedagógico balmesiano constituye un sólido proyecto de formación católica que surge en el siglo XIX como reacción a los aires secularizadores que penetraron, después de la Revolución Francesa, en la mayor parte de los sistemas de instrucción europeos al abrigo de las corrientes liberales.¹⁰³ Pero más importancia que la instrucción posee la formación humana, tal como se desprende de sus *Pensamientos*, en que manifiesta que “la educación es al hombre lo que el modelo al barro: le da la forma”, afirmación que puede completarse con esta otra: “Los hombres son como las figuras de barro: conviene que se sequen en el molde, del contrario no toman forma”¹⁰⁴.

Es cierto que como buen viajero estuvo al tanto de los signos de su tiempo, de modo que el espíritu romántico dejó huella en su pensamiento que no sólo aspira a fomentar el talento de los jóvenes sino a buscar

¹⁰² *Ibidem*.

¹⁰³ Insistimos que Balmes acepta la propagación de la instrucción pública, aunque denuncia la ausencia de una dimensión moral y religiosa en muchas ocasiones. Sea como fuere, defiende de manera inequívoca la instrucción primaria que resulta indispensable para “satisfacer las exigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demás naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece” (J. BALMES, *Obras Completas*, V, 613).

¹⁰⁴ J. BALMES, *Pensamientos*. En *Obras Completas*, VIII, 339 y 336, respectivamente.

auténticos genios. Sin embargo, el genio que propone Jaime Balmes se distancia del ideal clásico que representa Goethe con su cosmovisión orgánica y metamórfica y del genio demoníaco del idealismo romántico alemán (Hölderlin, Nietzsche). En último término, Balmes deseaba que no se perdiesen los espíritus selectos, para el bien de todos, más aún si tenemos en cuenta el papel que podían ejercer las minorías en la dirección intelectual y la regeneración política de España. Sin desdeñar, empero, la importancia de la formación de posibles minorías dirigentes, conviene tener en cuenta que su vocación pedagógica desea instruir a los alumnos en los elementos de la ciencia, y desenvolver su talento para que al salir de la escuela puedan hacer los adelantos proporcionados a su capacidad.

Antes de cerrar este trabajo, conviene insistir en la idea de que el verdadero objetivo de la pedagogía balmesiana atiende a la formación humana globalmente considerada en una especie de ascensión hacia aquello más noble y elevado, en una solución integral que apunta idealmente hacia las zonas superiores —y por tanto, las que se encuentran afectadas por la religión— del ser humano. Además, al apelar al primado de la religión, Balmes desea superar las limitaciones de las corrientes pedagógicas humanistas —herederas del clasicismo y de los vientos renacentistas— que exaltaron la idea de la dignidad humana, hasta independizarla de sus vínculos religiosos. En síntesis, el humanismo balmesiano es profundamente cristiano, de manera que se asienta —como sucede con la pedagogía perenne— sobre las bases de la religión católica, pero sin olvidar todas y cada una de las capacidades (intelectual, moral, afectiva, profesional) del ser humano. Un planteamiento que lejos de las exageraciones de cualquier signo se presenta emparentado con la tradición de la pedagogía perenne, de matriz aristotélico-tomista, y abierta a un eclecticismo respetuoso con el dogma, con lo cual Balmes supo conferirle una dimensión realista y equilibrada que constituye la mejor expresión de su “seny”, esto es, de su sentido común. Una manera de plantear las cosas que —a la larga— fue asumida por la pedagogía neoescolástica del cardenal Mercier y que, en España, tan bien representaron en el siglo pasado pedagogos de la talla de Juan Zaragüeta y Juan Tusquets. Pero ésta es otra historia, que dejamos para otra ocasión.

Conrad Vilanou Torrano
Universidad de Barcelona
cvilanou@ub.edu

Referencias Bibliográficas

- ANÉS, G. (1972). *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*. Barcelona: Ariel.
- ANGLÉS CERVELLÓ, M. (1992). *Els criteris de veritat en Jaume Balmes*. Barcelona: Balmes.
- ARBOLEYA MARTÍNEZ, M. (1912). *Los orígenes de un movimiento social: Balmes, precursor de Ketteler*. Barcelona: Luis Gili.
- ARTIGAS, M. (1939). *La vida y la obra de Menéndez Pelayo*. Zaragoza: Editorial Heraldo de Aragón.
- AYALA, A. (2002). *Obras Completas*. Vol. IV. Madrid: BAC.
- BALMES, J. (1943). *El Criterio*, edición conmemorativa del centenario, precedida por “¿Qué es *El Criterio* de Balmes?” de Miquel FLORÍ. Barcelona: Balmesiana.
- (1943) *El Criterio*, edición del centenario, prólogo de A. ESCLASANS. Barcelona: Editorial Juventud.
- (1948) *Obras Completas*, con prólogo, ordenación, revisión y notas del padre BASILIO DE RUBÍ. Barcelona: Perenne.
- (1948-1950). *Obras Completas*. Madrid: BAC.
- (1981) *Antología política de Balmes*, por José María GARCÍA ESCUDERO. MADRID: BAC.
- BATLLORI, M. (2002). Del Vuit-cents al nou-cents: Balmes, Ehrle, Costa i Llovera, Casanovas. En M. BATLLORI, *Obra Completa, XVI* Valencia: Biblioteca d’Estudis i Investigacions-Tres i Quatre.
- CAPITÁN DÍAZ, A. (1994). *Historia de la Educación en España. II. Pedagogía contemporánea*. Madrid: Dykinson.
- CARRERAS ARTAU, J. (1962a). La vocación pedagógica de Balmes. *Perspectivas Pedagógicas* 9, 3-5.
- (1962b) Los escritos pedagógicos de Balmes. *Perspectivas Pedagógicas* 10, 145.
- CARRERAS ARTAU, T. (1943). Antecedentes y primores de *El Criterio* de Balmes. En *Memoria de los actos celebrados en la ciudad de Vich en conmemoración del centenario de El Criterio de Balmes (1843-1943)*. Barcelona: Balmesiana.
- (1947) Balmes y la filosofía de la historia. *Pensamiento* 3.
- CASANOVAS, I. (1910). *Reliquias literarias de Balmes. Recuerdo del centenario*. Recogidas y publicadas por ... Barcelona: Eugenio Subirana.

—(1921). *Actualitat de Balmes*. Discurs llegit en la seva recepció en l'Acadèmia de Bones Lletres, el 22 de maig de 1921. Barcelona: Atlas Geogràfic.

CHATEAUBRIAND, F.-R. (1966). *Génie du Christianisme*. Paris: Garnier-Flammarion.

CUESTA, S. (1972). Balmes, maestro de su tiempo y del nuestro. En *Estudios sobre Balmes. Conferencias pronunciadas en Vich con motivo del Centenario de la muerte de Balmes*. Vich: Patronato de Estudios Ausonenses.

DELGADO CRIADO, B. (1997). Jaime Balmes (1810-1948). En *Historia de la acción educadora de la Iglesia en España. II. Edad Contemporánea*. Madrid: BAC, 99-111.

FERNÁNDEZ BURILLO, S. (1991). *L'art de pensar bé. Una introducció a Jaume Balmes*. Barcelona: Edicions del Drac.

FONT GAROLERA, J. (2006). *Osona: la terra i la gent*. Vic: Eumo.

GARCÍA ESCUDERO, J. M. (1983). *El pensamiento de «El Debate». Un diario católico en la crisis de España (1911-1936)*. Madrid: BAC.

GARRIDO SALDAÑA, S. (1965). *La pedagogía de Balmes*. Barcelona: Universidad de Barcelona/Facultad de Filosofía y Letras, Barcelona.

GORROCHATEGUI, C. (1968). El pensamiento pedagógico de Balmes. *Espíritu* XVII, 163-182.

GRIFULL, I. (1944). *El Criterio* y los Ejercicios Espirituales. En *Conferencias sobre "El Criterio" de Balmes, pronunciadas en los actos conmemorativos del Centenario de su composición, promovidas por Balmesiana, en noviembre-diciembre de 1943* Barcelona: Editorial Balmes.

HERRERA ORIA, A. (1976). *Meditación sobre España*. Introducción y sistematización por Juan Luis de SIMÓN TOBALINA. Madrid: BAC.

MANYÁ, J. (1944). Balmes filósofo: su estilo a través de las páginas de *El Criterio*. En *Conferencias sobre El Criterio de Balmes*. Barcelona: Editorial Balmes, 1-16.

MENDOZA, J. DE D. (1961). *Bibliografía Balmesiana. Ediciones y estudios*, (Biblioteca Histórica de la Biblioteca Balmes, serie II, vol. XXIV). Barcelona: Balmes.

MENÉNDEZ PELAYO, M. *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes*. Discurso de..., leído en la sesión de clausura del Congreso Internacional de Apologética el día 11 de septiembre de 1910. Vich: Portavella.

—(1956). *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: BAC.

MIRACLE, J. (1975) *Jaume Raventós, l'home del seny*. Barcelona: Editorial Balmes.

POLO Y PEYROLON, M. (1885). Balmes. En *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*. Valencia: Domenench.

PUELLES BENÍTEZ, M. DE (1991). *Educación e ideología en la España contemporánea*. Barcelona: Labor.

RAVENTÓS, J. (1932). *Memòries d'un cabaler*. Barcelona: Foment de Pietat.

RAVENTÓS, M. (1963). *Flors i violes. Pensaments que deixo als meus fills*. Barcelona: Editorial Balmes.

RAZQUIN FABREGAT, F. (1948). La presencia del filósofo Jaime Balmes en la Universidad de Cervera. *Ilerda* VII, 41.

RESINES, L. (1997). *La catequesis en España. Historia y textos*. Madrid: BAC.

ROIG GIRONELLA, J. (1946). Interés y actualidad de las ideas pedagógicas de Jaime Balmes. *Revista Calasancia* 4, 397-418,

—(1969) *Balmes filósofo*. Barcelona: Editorial Balmes.

ROMUALDO DE TOLEDO, (1943) *Balmes educador: El Criterio y la pedagogía española*. Conferencia leída durante el solemne acto celebrado en el Teatro Vigatá el día 9 de julio de 1943. Vich: Ayuntamiento de ROVIRÓ, I. (2010). *Balmes i el Seminari de Vic*. Vic: Institut Superior de Ciències Religioses de Vic.

SANVISENS MARFULL, A. (1948). Fuentes bibliográficas de la doctrina filosófica, apologética y social de Balmes. En *Catálogo de la exposición bibliográfica balmesiana organizada con motivo del I Centenario de la muerte de Jaime Balmes (1810-1948)*, Barcelona: Diputación Provincial, Barcelona, 1948, 99-127.

SCHNEIDER, F. (1967). *La educación de sí mismo*. Barcelona: Herder.

TUSQUETS TARRATS, J. (1962). El sistema filosófico de Jaime Balmes. *Orbis Catholicus* V, 463.

—(1972). *Práctica de la Educación*. Madrid: Magisterio Español.

—(1978). El seny i la seva pedagogia en Jaume Balmes. En *II Jornades d'Història de l'Educació en els Països Catalans*. Ciutat de Mallorca, 9-13.

URMENETA, F. DE (1952). *Principios de filosofía de la historia (A la luz del pensamiento de Balmes)*, Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

VILARRUBIAS, F. A. (1950). Valor pedagógico de *El Criterio*. En *El Doctor de Ausona. Del singular alcance de la obra del Doctor Jaime Balmes*. Barcelona: Librería Subirana.

VILLEGAS, C. (1948). La pedagogía social y Balmes. *Revista Internacional de Sociología* 22-23, 343-374.